Pelayos

AÑO 4 – NÚM. 12
25 DE FEBRERO - 2025

REVISTA JUVENIL
CATÓLICO-MONÁRQUICA

©2021

Índice

Pelayo 1

S.A.R. Don Sixto de Borbón 2

Saluda del Capellán 3

Personajes 11

Narraciones 22

Clara y Santiago 30

Las Españas 37

Madre de la Hispanidad 40

Concurso 45

Catecismo 50

¿Sabías qué? 61

Pasatiempo 63

Poemario 67

Cancionero 69

Historia 71

Tienda 72

Pelayo

Hoy, los enemigos de la Patria han destapado su verdadero rostro. Se crecen ante la pasividad de los que se llaman españoles, ante la inacción de aquellos que se autocomplacen llamándose católicos.

A vosotros, pelayos y jóvenes margaritas, os consideran «ultras», «extremistas», «intolerantes». Pero, ¿se puede ser huraño o avaro con el amor a Nuestro Señor Jesucristo? ¿Acaso se puede poner una vela al diablo? ¿Podemos dejar de ser españoles? ¿Existe mayor alegría y gloria que amar a Dios?

Quieren que olvidéis quienes sois; quieren que olvidéis que sois estirpe noble; quieren que olvidéis que por vuestras venas corre sangre de héroes, santos y mártires; quieren que olvidéis que sois las Españas.

Quieren que olvidéis que sois la Hispanidad, faro y lumbre milenarios de la Iglesia; quieren que olvidéis que sois el exterminio de la herejía; los autores de las epopeyas que alumbran la Historia.

Quieren veros cobardes, porque vuestra presencia les infunde miedo, y vuestra boina les inunda de terror.

Saben que hemos luchado ya en cuatro guerras, y que en muchas más lucharemos. Que saldremos de los campos, de las industrias, de las oficinas, de los barcos, de las minas, de las universidades y de los colegios, de las casas y de las calles, a miles,

Sois soldados de la Santa Causa, que nadie os lo haga olvidar. El Rey, Enrique V, ha llevado, y lleva, la bandera de la Santa Tradición con entrega personal heroica. No cabe mayor honor que servir a sus órdenes.

S.A.R.
D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

«La gesta de los requetés, en cualquier caso, no tiene parangón.
Y ese espíritu es el que seguimos necesitando hoy.»

Saluda del Capellán

Boina bendita

Mi muy querido pelayo, esa boina roja que llevas con hidalguía te personifica[1]*. Para tí no es una prenda vulgar, ni un objeto profano. Simboliza tu comunión en pensamientos y sentimientos que te han transmitido hombres de acrisolada nobleza; mártires la tiñeron con su sangre, hombres que tienen mucho de héroes y de santos. La llevas con dignidad, con tanto respeto como el que se merece tu escapulario o el santo rosario. Estas deben ser las razones por las que, desde lugares lejanos, desde las antípodas ideológicas, han saltado las alarmas cuando han avizorado tu boina colorada. ¡Están sobre ascuas! Es lo natural cuando no utilizas ningún camuflaje, ni pretendes mimetizarte con los mundanos. Han visto sobre tu frente esa boina que bendijo el capellán y que, en fecha señalada te fue impuesta por el Abanderado o sus delegados; la recibiste hincado como cuando se arma un caballero dispuesto a la defensa del Altar y el Trono, de la viuda y el huérfano*[2]*.*

Te analizan como si fueras víctima de una ideología más y te cuelgan los adjetivos peyorativos de moda, con los que no aciertan a describirte quienes no entienden que el compromiso que has heredado de tus mayores es toda una vocación a llevar a todos los espacios de la geografía, "plus ultra", la llama sagrada, el espíritu de la Tradición que vivifica. Tú le das continuidad en el tiempo a la más bella de todas las historias y, como fiel heredero de tu estirpe, de esta saga, has comenzado a escribir tu capítulo.

Su propaganda y sus construcciones ideológicas te consideran víctima de un pasado nostálgico y, por ende, un perdedor. Escudriñan textos y dibujos de tu revista y llegan a acusarte de incongruente, porque la recibes en formato digital. Según ellos, yo debería cerrar el Windows 10 y tú abrir la ventana de tu casa para descodificar las señales de humo que te envío desde más allá del horizonte, porque consideran que ser tradicionalista implica ser cavernícola. Se asombran de que los

[1] *Ordenanza del requeté*: "Tú, boina roja, eres soldado de la Fe y de la Santa Causa Tradicional".

[2] Stg. I, 27: La religión pura y sin mancha delante de Dios, nuestro Padre, consiste en ocuparse de los huérfanos y de las viudas cuando están necesitados

diseños de Mónica Caruncho no tengan el formato manga y hallan en ellos poco en común (gracias a Dios) con los dibujos animados de la tele, porque tú no eres ni Pokémon virtual ni esponja boba absorbiendo basura. Debo confirmar que así es aquello que han observado y sería oportuno advertir que, si nos escucharan, no oirían ni rap, ni rock and roll, ni hip-hop, ni cuartetazos, ni reggaetón. En cambio, oirán los dulces acentos de la tierra en fogones alegres a la luz de la luna llena y los sones marciales de la guerra en airosas cabalgatas, porque "el canto nos une". Te sabes obligado: en todos los actos de tu vida tienes como ideal la nobleza, y con esta meta en perspectiva, te mantienes alejado de la frivolidad y la cursilería que todo lo pringan y envilecen. Pelayo, ¡se han enterado de que eres un clásico!, y lo bueno de ser clásico es que nunca pasarás de moda, triste destino del "bluejeans" deshilachado.

Pelayo, eres piedra viva[3] con la que Señor construye la muy real y mística Ciudad de Dios, la que nada tiene en común con la civilización artificial de esta era digital que todo lo avasalla. De lo primero que se te pretende privar es de la libertad de los hijos de Dios[4], que, como bien nos enseñó don Quijote, "la libertad, amigo Sancho es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos. Con ella no puede igualarse los tesoros que encierra la tierra y la mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida[5]". Pero para los emancipados de Dios y la realidad solo existen libertades ficticias, libertades de perdición.

Estos ideólogos no comprenden el amor que tienes por tu Dios y tu prójimo, por lo que celosamente conservas esa boina, que es símbolo de un legado sagrado, a la vez que generosamente lo compartes. ¡Que nada teman!, ¡no pierdan la paz!, ¡nada les vas a robar!, solo defiendes lo que te pertenece. Y de paso recuérdales, para que lo tengan en cuenta, que cuanto más se comparten las riquezas espirituales, tanto más se multiplican, y si las conocieran de verdad, como tú, de verdad las amarían. Esto está siempre presente en la cruz de San Andrés de tu bandera, que tan bien simboliza esa idea, pues lleva impreso el signo de multiplicación, que nada tiene en común con el de la división dialéctica y metódica de los que militan bajo la bandera de "el que

[3] I Ped. II, 4.
[4] Rom.VIII, 21.
[5] De Cervantes Saavedra, Miguel. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha,* parte II, capítulo LVIII.

divide".

Se refieren a ti como un ser anacrónico. Les gustaría ver tu boina en la vitrina de un museo, alimentando polillas. En realidad, vives unido con vínculos de real y mística Comunión, que te permiten trascender las modas, las doctrinas peregrinas[6] y te dan la posibilidad de ser tú mismo dentro del plan de amor de Dios. Has de permanecer erguido ante los ataques frontales, sesgados u oblicuos, al margen de la masificadora igualdad, multiplicando los talentos que Él te ha confiado, dentro del concierto armonioso de todas las creaturas que cantan las glorias del Creador y acatan la voluntad del Padre.

Te pasan por el escáner de la eficacia, del producto, del mercado, porque, pelayo, te consideran una pieza de una maquinaria para sacrificar a voluntad, pues piensa el ladrón que todos son de su condición. Son los mismos que ponen todo su empeño en asimilar el carlismo a una ideología más de las tantas que ya huelen a rancio. Estás injertado en el olivo secular que a través de los siglos ha sobrevivido a incendios, a sequías prolongadas y a talas salvajes. El olivo vive porque sus raíces se adentran en lo más profundo de aquellas glorias que narra nuestra historia, recibiendo su fuerza vital de la sangre, con la que heroicas generaciones de mártires vivificaron la geografía de la patria. Boinas rojas nuevas que han florecido como brotes primaverales, amapolas silvestres de un nuevo verano luego de un invierno muy, pero que muy largo; por eso, en ti, pelayo, han vislumbrado renuevos de una Tradición pujante de esperanza.

En esta época desestructurada y deconstruida con un individualismo feroz que cultiva un borrado selectivo de la naturaleza humana, aplican a rajatabla el "solve et cuagula" de la alquimia anticristiana, objetivo último de los "hijos de la viuda" y sus secuaces. Hemos comprobado que están atónitos y les parece extraño que aún subsistan niños pelayos y margaritas, Santiagos y Claras, porque no les cuadra en la hoja Excel de casillas idénticas ni en sus categorías ideológicas, y mucho menos en su perversa estrategia. Tú, pelayo, y tú, margarita: recibís en vosotros el espíritu de la Tradición que vuestros mayores os quieren transmitir, el cual os sustrae al influjo caótico del

[6] Hb. XIII, 9.

wokismo, que, pervirtiendo el orden natural, socava el sustrato de la gracia. Estáis en el mundo, no en una burbuja hermética, pero no sois del mundo[7], por eso el pelayo mira al mundo de soslayo. Estáis llamados a ser pequeña hoguera (que no fuego fatuo) en un día que se vuelve noche por el eclipse de la inteligencia, y en unos hogares donde cada vez es más fría la caridad.

Vuestra boina es la brasa de un rescoldo, sobre la que el Espíritu sopla. Renace, resucita, se aviva el fuego que Dios trajo al mundo[8] y desea que incendie de caridad nuestra sociedad apagada. Ya se están sumando más y más boinas, que como brasas encendidas se están acumulando sobre más cabezas[9].

Hoy muchos niños se creen originales simplemente porque se dejan amasar en el igualitarismo mundialista. Si te distinguen entre la masa y te destacas dentro de ese amasijo, es porque no te pareces a ningún otro. Tú eres auténticamente original, sin necesidad de parodiar a nadie. No digo esto para adularte, ni para alentar el prurito de no estar en sintonía con los estereotipos impuestos por los "influencer" patrocinados, ni para que lleves la contraria a la manera revolucionaria, ni para que alardees porque vas contracorriente. De hecho, sigues la corriente que corre por tus venas y que te viene por herencia natural y el legado del Espíritu heredado fluye por los cauces de tu alma. Los críticos que escudriñan tus dichos y gestos, tus actos y textos, se dan cuenta de que tú sí eres original, porque a tus orígenes te refieres. Te remites a ellos, sin parodiar a nadie. Porque quieres lo que Dios quiere, eres y serás tú mismo en la tierra y en el cielo, irrepetible.

Los dones de Dios son como Él, infinitos, no se reitera ni duplica: no hay entre sus creaturas una igual a otra. Él, que es generoso y admirable en sus dones, te ha confiado ciertos talentos de los cuales espera una fiel multiplicación. Uno de ellos es el legado que con humildad recibes y lealtad trasmites, el cual no va en detrimento de tu personalidad, sino que la agiganta. No la empobrece, sino que la enriquece. Con respeto a tu pasado, proyectas el futuro, ya que el pasado no te retiene sino que te impulsa; no te debilita sino que te fortalece. La Comunión te protege del liberalismo individualista, que diluye, disgrega y atomiza. Por esto no será jamás el espíritu de la Tradición quien preconice una eventual alienación, sino más

[7] Jn. XV, 19; II, Cor. X, 3.
[8] Lc. XII, 49: Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!
[9] Pr. XXV, 21-22: Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber: así acumulas carbones encendidos sobre tu cabeza y el Señor te recompensará.

bien la inicua revolución. Vosotros todos, pelayos y margaritas, aparentemente sois pequeñitos, pero en realidad sois gigantes.

Utilizando el adjetivo con el que califican en Andalucía a los niños majos os digo: no perdáis vuestro sabor, "salaos". Sí, sois granitos de sal, de aquella sal que le da sabor a este mundo soso, a esta sociedad insípida, que ha perdido su identidad y substancia y ya la pisotean las gentes... Hemos podido constatar que a más de uno le está llorando el ojo. ¿Le habrá entrado un granito de sal?

Aúllan, luego, tienen hambre. Hambre y sed de la sangre inocente, con la que a lo largo y ancho de la historia, la envidia de los hijos de las tinieblas ha alimentado su odio a la luz del bien y de la verdad. Así sea la intermitente y tímida luminosidad que irradias, como ese bichito de luz que es la luciérnaga, cuyo vuelo fosforescente en esta noche cerrada, parece que les obnubila y despierta ansias devoradoras en sus frías entrañas de batracios. Estos anfibios de sangre fría están al acecho, afilan sus larguísimas lenguas, agazapados en las tinieblas de la ciénaga fétida. La oscuridad que impera es tan densa que aunque sean mínimos tus destellos, no pueden ver otra cosa. Están obsesionados y en lugar de dejarse iluminar se sienten agredidos y en su miopía, encandilados.

Pelayo, los destellos de tu boina evocan los rayos intermitentes de la linterna de aquellos faros, que azotados por las olas, con marea baja o alta, soportan erguidos el embate de las tempestades, la furia de los huracanes y así orientan a los navegantes. Cuando el cielo está nublado y las estrellas son inaccesibles al astrolabio, impiden que los desorientados naufraguen encallando contra la Piedra de Contradicción.

Los partidarios de un Estado totalitario anticatólico están borrando del mapa la patria con sus fronteras, mientras que paradójicamente quieren poner coto y límites al espíritu de una Tradición siempre viva, para someterte al globalismo revolucionario que hace tabula rasa de los sacrosantos fueros. Seguirán simulando sorpresa, disfrazando la indignación con la extrañeza, pero en realidad, no toleran que enaltezcas, ames y defiendas a tu Dios, tu Patria y tu Rey. Rechazan que sea este un lema perenne, aún de actualidad, porque de por sí es atemporal (que no anacrónico). Otros no les interesan tanto como tú, pequeño pelayo, a pesar de que no eres más alto que David cuando se enfrentó a Goliat.

Te odian simplemente porque el Señor te ama más que a nadie, y los Herodes modernos temen por la estabilidad de su reino. Saben muy bien que es a los más pequeños a los que Él prefiere, en cuya debilidad se encuentra la fuerza de Dios; en tu pequeñez humana habita la grandeza divina, por esto intentan alcanzar a Dios cuando te infieren a ti heridas

mortales. A los ojos del mundo eres el más pequeño, y el enemigo cobarde que no se atreve con los grandes, quiere verter sangre inocente, apagar tus destellos de purezas celestes; pero si esa sangre es vertida clamará venganza y Él será su Vengador. Da gracias a Dios por tus padres. Ellos no escatiman esfuerzos ni sacrificios para proteger la inocencia y ponerte a salvo de tantos peligros que acechan en este mundo; con el mismo esmero con el que el sacerdote cuida las más pequeñas partículas eucarísticas, donde se encuentra todo un Dios entero, tus padres tienen gran cuidado de esas partículas diminutas del cuerpo místico que eres tú, pelayo.

***Tu boina roja** brilla sobre tu frente como la llama luminosa del Espíritu de Pentecostés, que con sus dones vino sobre los Apóstoles para fortalecerlos y esclarecerlos en la fe y así, tú también con tu inteligencia iluminada por la gracia, darás testimonio de la Verdad. Aquella llama se encendió no para ocultarla bajo el celemín, sino para que, generosa y apostólica, ilumine a todos los de la casa[10]. Esta llama también es fuego ardiente de Caridad, que inflama de entusiasmo[11] las voluntades en el amor a Dios y al prójimo, dando por ellos hasta la vida.*

***Tu boina encarnada**, por lo que simboliza, tiene un significado que va mucho más allá de su mero color, y por eso horroriza a todos aquellos que pertenecen al linaje del que se escandalizó ante el misterio de la Encarnación y provocó con su "non serviam" la primera de todas las revoluciones. Su grito siniestro fue haciendo eco a través de los siglos y hoy el liberalismo incoherente se opone a que practiques la fe católica de manera consecuente; que vivas esa fe donde el Verbo se hace carne[12] y no se reduzca a decir "Señor, Señor", sino que acate fielmente la voluntad del Padre[13]. Ella te recuerda cómo debes amar, y como amar es servir, a veces el "fiat" implica también morir. Vive como piensas, y pensarás como vives y así vivirás por aquello que sí merece la pena morir: el sagrado misterio de la Encarnación.*

Hoy la boina que llevas dignamente sobre tu frente la llevó a la tumba un mártir sobre su corazón. En la muerte, esa boina fue semilla sembrada en el surco abierto del sepulcro[14]. Es el último, heroico y supremo gesto de amor coherente y consecuente con la Santa Causa de la Tradición. La boina encarnada, entre las manos frías y sobre el pecho inerte, resplandecía sobre él como en Cristo refulge el Sagrado Corazón incandescente de amor, que no ha cesado jamás de latir allá, en la eternidad, donde ya no pervíven ni la fe ni la esperanza, sino que para siempre permanece solo la caridad.

---

[10] Mt. V, 15.

[11] Entusiasmo, etimológicamente hace referencia a ser portador en el alma de un fuego sagrado. Significa "inspiración o posesión divina". La palabra "enthousiasmós" se compone de las raíces griegas éndon (dentro) y Teós (Dios).

[12] Jn. I, 14.

[13] Mt. VII, 21.

[14] Jn. XII, 24: Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto.

Cuando te quieran amedrentar el cansancio o el miedo, ese mártir anónimo intercederá por ti mostrándole a Aquel al que traspasó Longinos la herida que una bala abrió en su pecho cuando murió por Dios y por vos. Rogará para que no seas tibio ni mediocre, para que no se apague tu fervor en el tedio de la vida cotidiana, ni sea el entusiasmo de hoy, el efímero y fugaz fuego de la paja. No mueren jamás los que mueren en Dios. Aquellos que un día ofrendaron su cuerpo a la Patria, su sangre al Rey y su alma al Señor, viven eternamente. Entre la palma y el lirio, destaca la boina de un martirio.

Tu boina bermeja *es corona. No es mayor el discípulo que su Maestro*[15]*, ni el vasallo más que su Rey. Si a Él lo persiguieron, también te perseguirán a tí*[16]*. Te advierto que, hoy tanto como ayer, la chusma que no quiere que el Señor reine*[17] *y se opone a que venga a nosotros su reino*[18] *es la misma soldadesca enfurecida que clavó con furia y crueldad una corona de espinas punzantes sobre las excelsas sienes de Jesucristo. Entonces, la sangre, a borbotones, tiñó su frente y toda su cabeza. De espinas coronaron a nuestro Rey, siéntete honrado de llevar sobre tu frente esa corona bermeja como la sangre divina, ya que, acompañando al Ecce Homo en la humillación y el ultraje, la mofa y el escarnio, compartirás con Él el gozo de su reino. Lo que hoy puede ser motivo de burla, mañana será timbre de gloria.*

Pelayo, soldado de Cristo Rey: no temas que el mundo se burle de ti, pues desde el cielo, el Padre Eterno y nuestros mayores te miran complacidos. Cuando te persigan no le niegues jamás ante los hombres[19]*. Tu Rey Eterno te reconocerá ante el Padre, así tendrás un lugar en su reino y la boina por corona.*

Tu boina bendita *es un símbolo santo, prólogo de la aureola que merece el confirmado que milita con lealtad al servicio de Nuestro Señor. Venera en ella la memoria de los mayores. Bésala con amor, pórtala con dignidad, cuídala con esmero, hónrala con tus actos, y descúbrete como corresponde a un caballero al rendir pleitesía al Señor del Sagrario y a Nuestra Señora la siempre Virgen María en el rezo del santo rosario. Soldado de Cristo Rey, cuando Dios te llame a su presencia, llévala al cielo, los ángeles harán con ella tu aureola.*

A tí, pelayo, joven testigo de la Tradición más antigua y más acrisolada, te saludo con gran respeto y mucho cariño. Tuyo "In Corde

---

[15] Mt. X, 24.
[16] Jn. XV, 20.
[17] Lc. XIX, 14: Pero sus conciudadanos lo odiaban y enviaron detrás de él una embajada encargada de decir: "No queremos que este sea nuestro rey".
[18] Mt. VI, 10.
[19] Mt. X, 32-33: Al que me reconozca abiertamente ante los hombres, yo los reconoceré ante mi Padre que está en el cielo. Pero yo renegaré ante mi Padre que está en el cielo de aquel que reniegue de mí ante los hombres.

Matris", te bendigo a ti y tu boina: que además de protegerte del frío, el sol y la lluvia, sea para ti yelmo de salvación[20].

Padre José Ramón Ma. García Gallardo.

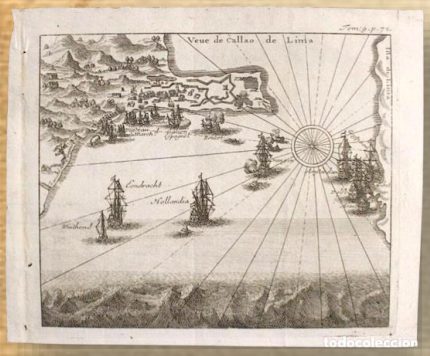
[20] Ef. VI,17: Recibid asimismo el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, orando siempre en el Espíritu con toda suerte de oración y plegaria, velando para ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos.

Juan de Lezica y Torrezuri

Militar y prior de la Orden Tercera de Santo Domingo

Hijo de Juan de Lezica y de María de Torrezuri, ambos de nobles familias vizcaínas, nacido en Cortezubi (Vizcaya), el 26-VII. -1709, según consta en el informe de limpieza de sangre y nobleza efectuado a sus cuatro hijos en 1730.

Hacia 1734 se trasladó, junto a otros miembros de su familia, a Perú en busca de las mejores condiciones económicas que favorecieron la inmigración de numerosos vascos.



Arribó con el nombramiento de comisionado real para informar sobre el estado de las fortificaciones en el puerto de

Callao, circunstancia que ha hecho presumir sus posibles conocimientos de matemática e ingeniería.

Cumplida esta misión, pasó al Alto Perú —actual Bolivia—, donde inició una etapa de múltiples actividades públicas y religiosas. El 8 de febrero de 1736 se casó con María Elena de Alguiza y Peñaranda —hija de padre vizcaíno y madre de antigua familia paceña—en la catedral de La Paz, acrecentando sus recursos con una considerable dote. Participó en el comercio de mulas, actividad que lo llevó a tener contactos con la capital del Río de la Plata. Su más destacada labor fue la posterior explotación económica de la hacienda de Yungas, que recibió como parte de los bienes de dote.

En esta provincia ejerció tareas benéficas en favor de los indígenas y construyó una iglesia en la villa de Coripata. Fortalecida su posición económica, decidió regresar a España a través del puerto de Buenos Aires.

Hacia finales de 1747, de paso por la localidad de Luján, enfermó de una vieja dolencia, pero,

mediante la certeza de su curación por intervención de la Virgen, abandonó la partida y se comprometió con la construcción de un nuevo templo, que culminó con la edificación de la majestuosa basílica, que hasta la actualidad es santuario de incesantes peregrinaciones y demostraciones de la feligresía católica, además de patrona de la Argentina. En reconocimiento a las numerosas iniciativas y actuaciones en favor de la población, y a la fundación en 1755 de la villa de Luján, fue nombrado síndico procurador, ecónomo y patrono de la nueva iglesia. En mérito a su fecunda labor, el Cabildo local le concedió el título de alférez real perpetuo.

Instalado en Buenos Aires desde 1748, de inmediato comenzó su próspera actividad comercial. Paralelamente al incremento de sus negocios de ultramar, que le permitieron atesorar una gran fortuna, ejerció diversas funciones en la Administración colonial. Formó parte del Cabildo a partir de 1750,

ocupando sucesivos cargos: en 1751 defensor de pobres, en 1752 fiel ejecutor, alcalde de primer voto en 1754 y en 1766, hasta la privilegiada designación de alférez real en 1774. Paralelamente a estos servicios, participó y colaboró con la financiación de numerosas obras e instituciones, tanto en el ámbito civil como en el religioso. Aunque fueron de menor relevancia sus tareas militares, hacia 1766 fue designado capitán de milicias por el gobernador Ceballos.

Ingresó en la Venerable Tercera Orden de Penitencia de Santo Domingo, el 23 de diciembre de 1758. En 1760 y en 1764 desempeñó el cargo de prior: simultáneamente y en los mismos períodos, su esposa, Elena de Alquiza, lo ejercía para la rama femenina, después de su ingreso el 11 de junio de 1759. Con anterioridad también integró la Cofradía del Rosario. Entre 1762 y 1779 se desempeñó como síndico y patrón del convento, tomando a su cargo la construcción de la actual basílica de Santo Domingo, a cuya obra se consagró hasta sus últimos días.

Los integrantes de su numerosa descendencia, muchos de los cuales también integraron las filas de la Tercera Orden, dieron origen a una vasta red familiar con una influyente presencia en las actividades económicas del Río de la Plata durante la segunda mitad del siglo vio. En su testamento del 10 de abril de 1784 pidió ser sepultado en el templo de la Orden de Predicadores, con el hábito y escapulario correspondientes a su condición de terciario.

Beatriz de Palacios

La Parda

Beatriz de Palacios, también conocida como La Parda, fue una soldado y enfermera mulata conocida por su labor durante la Conquista de México.

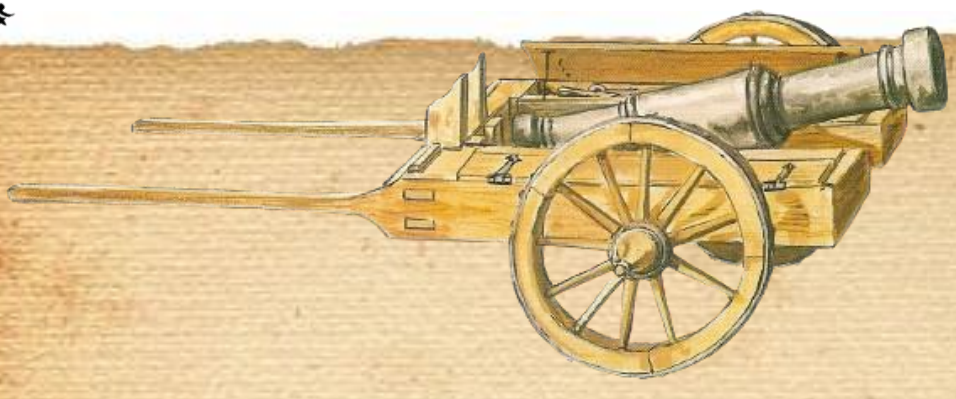
Tras llegar de Cuba junto con la tropa de Pánfilo de Narváez en 1520, se unió a la expedición de Hernán Cortés al lado de su esposo, Pedro de Escobar. Fingió en un inicio ser enfermera bajo las órdenes de Isabel Rodríguez. Pero también tomó las armas y combatió, a menudo repartiéndose las guardias con su marido. Mujer sin reparos en el servicio a la patria, no dejó de ejercer todo tipo de trabajos; furriel, armera,

Pánfilo de Narváez

forrajeadora, cocinera, moza de cuadra y cualquier otra función que fuera necesaria.

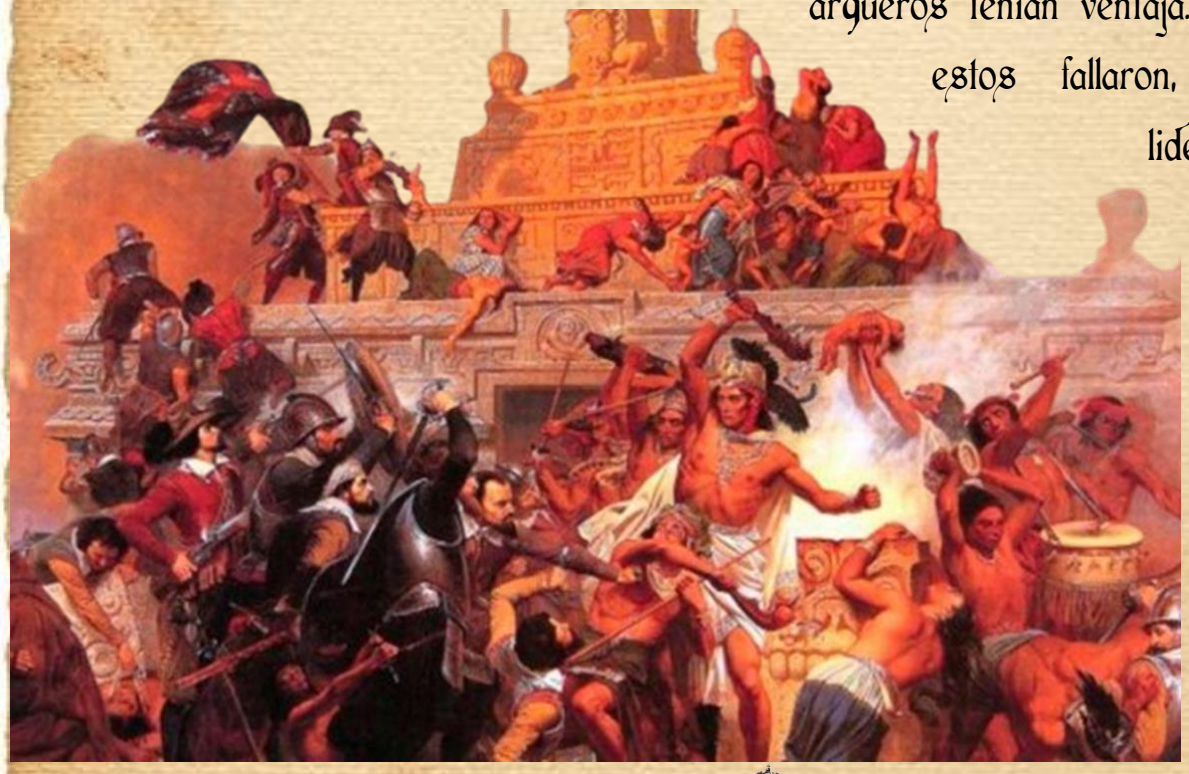
Allí estaban, a lo largo y ancho, mujeres de profundo carácter hispano, herederas y transmisoras de la Tradición de las Españas, que, con sus acciones, no sólo transmitían la gloria de la patria, si no que estaban engrandeciéndola con su sacrificio y lucha; Beatriz Ordaz, Juana Martín, María de Vera, Elvira Hernández, Isabel Rodríguez, Beatriz Hernández, Catalina Márquez, Juana López, Violante Rodríguez, Catalina González, Antonia Hernández...

Pero volvamos a nuestra heroína.



Durante la estancia en la ciudad de Tenochtitlan, en junio, los soldados españoles fueron sitiados en el palacio en el que estaban alojados, rodeados por multitudes de indígenas. Los sitiados veían disminuir el agua, las municiones y toda clase de víveres. Hordas de guerreros corrieron al palacio, su número hacía que el fuego de artillería, mosquetes, y ballestas, fueran ineficaces, docenas caían con cada carga, pero aún más llegaban, forzando su camino hacia el palacio y prendieron fuego en varios lugares.

Finalmente, fueron empujados hacia atrás a punta de espada. Los españoles construyeron torres de asedio en un esfuerzo para capturar algunos de los edificios circundantes desde donde honderos y argueros tenían ventaja. Cuando estos fallaron, Cortés lideró un grupo de ataque que capturó y quemó el templo,



aunque las imágenes cristianas ya habían sido destruidas por los asaltantes.

Para el 30 de junio, después de un asedio de seis días, los capitanes se dieron cuenta de que su posición en la ciudad era insostenible. Si se quedaban, serían masacrados. La única salida era la retirada. Los carpinteros arrancaron madera del palacio, y armaron un puente portátil de madera para ponerlos sobre los huecos en la calzada, que habían sido retirados por los mexicas.

Cortés decidió hacerlo esa noche, aprovechando que llovía copiosamente, y los mexicas estaban guarnecidos de la lluvia, salieron

silenciosamente, los españoles emprendieron su escape hacia el poniente, por la calzada de Tlacopan, que era la más corta para salir de la ciudad.

Los siete u ocho mil hombres que emprendieron la retirada marcharon en tres grupos, el de vanguardia comandado por Gonzalo de Sandoval, el central, que era el grupo más numeroso comandado por Hernán Cortés, y la retaguardia, en donde iban Pedro de Alvarado y Juan Velázquez de León y nuestra protagonista. Lograron cruzar los canales de Tecpantzinco, Tzapotlan y Atenchicalco, pero la sigilosa marcha fue descubierta cuando llegaron a Mixcoatechialtitlan, al parecer fueron descubiertos por una anciana, que dio la alarma, y en unos momentos, miles de guerreros mexicas atacaron en tromba a los españoles: les acosaron a lo largo de la calzada, mientras otros atacaban desde sus canoas.

En medio de este ataque, avanza, luchando en primera fila, escudada y armada, la Mulata, en plena lucha cuerpo a cuerpo, siendo

consciente de que su arrojo y destreza en las armas eran cruciales para que los españoles se pudieran retirar antes que una segura masacre.

Ya los mosquetes y las ballestas resultaron inútiles en el cuerpo a cuerpo y fueron desechados y la espada era la que contenía a la turba que intentaba perseguirlos. La retaguardia con los bagajes fue cortada, y los hombres retrocedieron por los escalones del templo para una última resistencia, donde finalmente fueron dominados. Muchos de los mexicas se dedicaron a saquear el tren de bagajes, lo que dio al resto del ejército un respiro a medida que avanzaba por el lago a la seguridad del continente.

Al llegar al canal de los Toltecas, en Tlaltecayohuacan, muchos españoles y tlaxcaltecas cayeron en el agua.

En un momento dado, algunos capitanes sugirieron a Cortés, herido en una mano, retornar para amparar a los rezagados, y él contestó que los que habían salido era de milagro. No obstante, intentaron el regreso por la calzada, pero enseguida toparon con Pedro de Alvarado, herido, uno de los últimos en escapar de aquel infierno, y defendido, sin rasguño alguno, por Beatriz de Palacios, que hacía caer, una tras otro los asaltantes que les empujaban a la muerte.

En aquella retirada cayeron muchos españoles, unos 600. Las pérdidas entre los

tlaxcaltecas se estiman en varios miles. Se perdió además gran cantidad de piezas de artillería y 46 caballos, así como gran parte del tesoro que se transportaba. Los prisioneros y los que no pudieron escapar fueran sacrificados días más tarde a Huitzilopochtli.

La noche fue conocida como la Noche Triste.

Pero Beatriz no olvidó esa derrota, y junto otras compañeras de armas se prepararon para devolver el golpe. Y la oportunidad se presentó durante el siguiente sitio de la ciudad;

tan singular (...) que mientras su marido se posava hacia en el cuerpo de guardia la posta por el ensillava el caballo i peleava al lado de su marido,

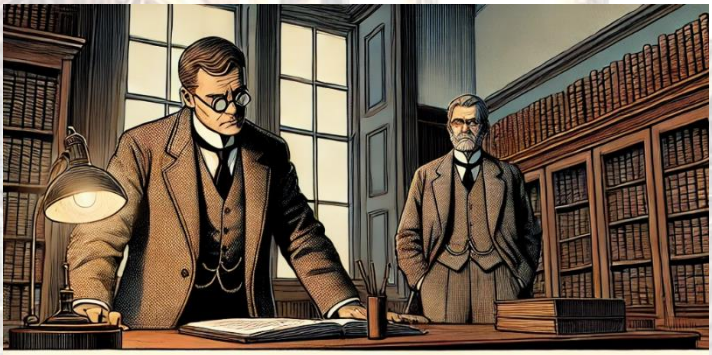
Fue reconocida por Cortes y finalmente pudo retirarse con su marido a Cuba donde acabó sus días en la tranquilidad de un descanso bien ganado, donde terminó su vida en paz siendo testigo de los frutos de sus hazañas.

DE COLEGIOS Y EXÁMENES

En el viejo edificio gótico que albergaba la elegante Harrow School londinense, resbalaba el sol del mediodía sobre sus paredes invadidas por el musgo. Sus jardines, geométricamente ordenados, desafiaban al caminante a encontrar una sola brizna de césped fuera de su sitio. Un penetrante olor a madera encerada acompañaba al profesor en su camino hacia la oficina del director. Sin duda, este colegio disfrutaba de un enorme prestigio. Lo más selecto de la élite británica enviaba allí a sus vástagos, a los que se sumaban los descendientes de las más variopintas personalidades del mundo. Todo jeque árabe que se precie, todo rey constitucional con intenciones de mantenerse en el trono, todo banquero deseoso de mantener y acrecentar su cartera de clientes enviaba a sus hijos a las aulas señoriales y victorianas de ese edificio.

En ocasiones, se inscribían alumnos insólitos. Tal era el caso de quien había motivado la llamada del director. Un tal Arrieta.. Se trata de un muchacho argentino, sobrino de un jugador de polo brillante, al que, por razones que aún desconocía, habían inscrito en la escuela para que finalizase su bachillerato. No hay duda de que los contactos hechos por el "patrón" de su tío habían influido, pues no podía prescindir de los servicios del joven Arrieta, a pesar de que el expediente del muchacho indicaba que provenía de un colegio innominado de las afueras de Buenos Aires, que era tan antagónico a lo que Harrow School representaba como nos queramos imaginar.

El profesor O'Neill sabía muy bien lo que le iba a preguntar el Dr. Hughes, y todavía no tenía ni idea de lo que le iba a responder. De hecho, ni el mismo O'Neill lo sabía. El director se quitó sus gafas, se pasó la mano por la cara y la frente, y dando un suspiro, exclamó:



— O'Neill, es usted incomprensible, no puedo entender por qué le ha puesto un 10 al estudiante Arrieta, teniendo en cuenta que sus respuestas no coinciden con las de sus 27 compañeros, a los que, por cierto, usted también ha aprobado —Hughes acomodó las patillas de sus gafas y prosiguió—; ¿por qué hace esto, O'Neill? ¿No se da cuenta de que la jefatura de estudios se plantea despedirlo?

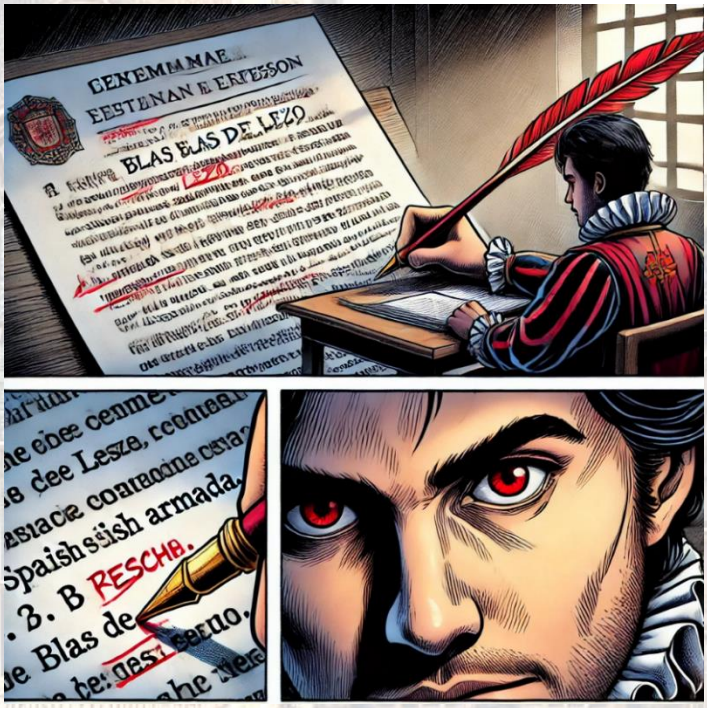
—Lo imaginaba, Dr., y créame que lo encuentro razonable.

—¡Vaya! —replicó Hughes— no deja de ser esperanzador que conozca el significado de la palabra "razonable". Mire, le soy sincero, tengo poder para paralizar el despido y que lo sucedido se olvide. ¿Exigirá a Arrieta que conteste como Dios manda y entonces usted me envía su examen de nuevo?

—Mire usted Dr.—respondió O'Neill tratando de imaginar la cara que iba a poner su esposa cuando le dijera que lo habían despedido— A los otros 27 alumnos los aprobé porque dieron las respuestas que se han enseñado en esta institución desde hace 4 siglos, en cambio, a Arrieta le he dado un sobresaliente por mi condición de católico irlandés. Las

respuestas de sus compañeros eran las esperadas por el colegio, y debía aprobarlos. Las de él, en cambio, eran verdades como puños que ni usted ni yo ignoramos. Y eso significa calificarlo con un 10, aunque signifique mi despido.

Lo que había hecho Javier Arrieta era lo que habría escrito cualquier argentino —y por argentino, hispano— que se precie, respondiendo unas preguntas, no del modo tergiversado de la cantinela políticamente correcta, sino como los hechos sucedieron en realidad; máxime cuando suponía un ejercicio de piedad patriótica.



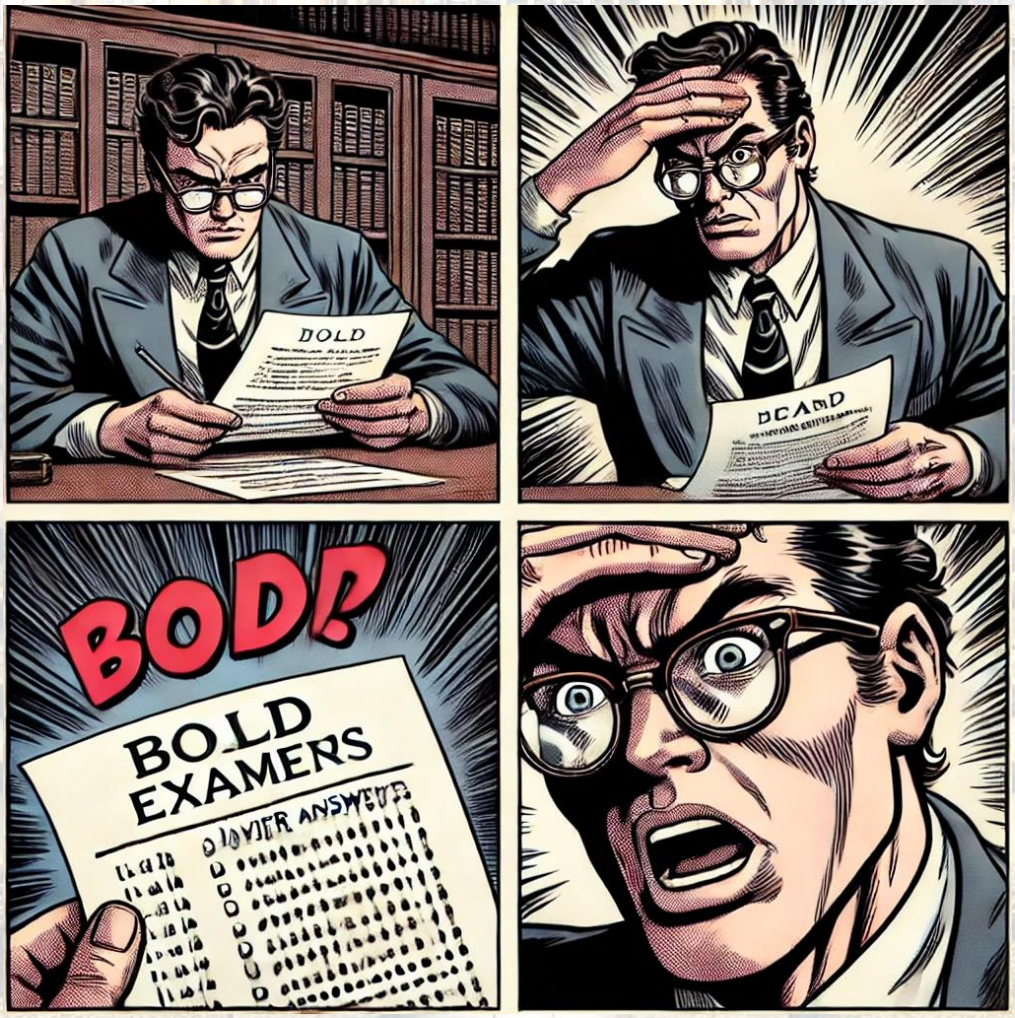
De este modo, por ejemplo, a la pregunta ¿quién fue el almirante, genial estratega, que llevó a sus soldados a la victoria a pesar de carecer de una mano para combatir?, él contestó con sencillez, "Blas de Lezo, en Cartagena de Indias". Sus compañeros, naturalmente, habían respondido en bloque "Nelson en Trafalgar".

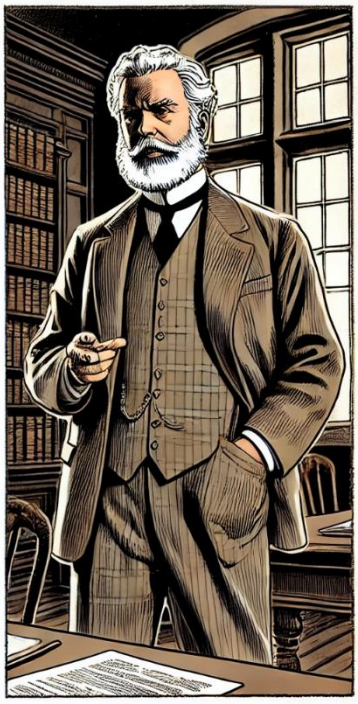
El examen había continuado en esa línea. ¿Por quién llevan luto en sus uniformes la Royal Navy y todas las armadas del mundo al inspirarse en su glorioso uniforme? "Por el mismo Nelson" habían concluido los 27 alumnos. "Por Nelson —escribió Arrieta— aunque la mayoría desgraciadamente ignora que los hermanos Pinzón, D. Avaro de Bazán, D. Juan de Austria, Blas de Lezo, Orellana, Elcano, Balboa, Solís, Liniers y Brown son mucho más dignos de ese homenaje, pero son muchas las veces que la impiedad condena al olvido a hombres mucho más grandes que aquellos a quienes alabamos. Tan solo porque eran nuestros abuelos". A la siguiente pregunta ¿cuál fue el siglo en el que la armada británica sólo cosechó victorias por los mares del mundo?, respondieron todos a coro "el siglo XIX". Ahí habría quedado si Javier no hubiera aclarado que "sería sin duda el XIX si no existiera la excepción de las dos invasiones a Buenos Aires en las que se desagravió el pabellón argentino con salva de 21 cañonazos en el río Paraná".

A la cuestión de sobre qué bases construyó Reino Unido el mayor imperio, en extensión, de la historia, la abrumadora mayoría de estudiantes contestó dócilmente "Reino Unido, gracias a una predestinación divina, civilizó y aunó políticamente diversos pueblos de

la tierra, fundando su derecho en las libertades individuales, de credo y de comercio" ... más alguna cursilada ideológica parecida..

Por su parte, Javier Arrieta puntualizó: "Gran Bretaña construyó un vastísimo imperio de 33 millones de Km2, sólo superado en extensión por el imperio español, si bien ambos contenían amplias zonas inexploradas. La diferencia radica en que Gran Bretaña actuó a partir de una ruptura de la Cristiandad, imbuida de espíritu calvinista, vinculando la salvación del alma al éxito económico. Gran Bretaña también redujo a la esclavitud a todos aquellos que no aceptaban su condición de siervos considerándolos "no predestinados". De esa manera se esclavizó —o eliminó— a casi todos los católicos irlandeses e incluso ingleses y escoceses que perseveraban en la Fe católica. Por otra parte, en los grandes territorios conquistados imponían su ley de "libre comercio", amparados por la burguesía local, a la que cubrían de oro, insinuándoles que ellos eran parte de la élite destinada al Cielo. Esta premisa fue apuntalada por un enorme poder (...) los primeros puntales del imperio británico fueron Hawkins, Drake, Raleigh y Morgan, quienes recibieron en el poder real el honroso título de Lord, a pesar de no ser más que vulgares piratas".





O'Neill sintió que ascendía hacia su cara una oleada incontenible de hilaridad. Temiendo complicar aún más las cosas, lo evitó llevando la mano a la frente y bajando su palma fría por los pómulos, obligando a sus músculos a conservar su disciplina gestual.

Hughes tamborileó alternativamente con los dedos de su mano izquierda y mordiendo su labio inferior inquirió a O'Neill:

—¿Usted imagina que haya padres que paguen 30.000 libras esterlinas para que acabemos enseñando a sus hijos tales disparates?

—Dr., ese joven se ha incorporado hace sólo unos meses, esto que responde sin duda lo ha aprendido en su colegio anterior o en su casa. Entiendo que no está en consonancia con lo que se enseña en Harrow. No obstante, es difícil refutar sus respuestas, si nos atenemos a la historia. Aun así, estoy perplejo.

—¿Perplejo? Lo que está usted es loco, O'Neill. Hay más respuestas de su argentino insolente, mire, mire. En la quinta pregunta se lee "¿quién fue el mayor y providencial hombre que envió Dios para reformar la Iglesia y depurarla de vicios y pecados?". Escuche la respuesta: "el Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, mano derecha de la inigualable Isabel de Castilla; hombre de extraordinaria capacidad intelectual y política, comprendió la necesidad de reordenar las órdenes religiosas, para devolver a la Iglesia su vida de virtud, que estaba contaminada por vicios de orden moral y económico. Cisneros era consciente de que no se podía "tirar el niño con el agua sucia" y buscó en todo momento devolver a la Iglesia su faz más Santa y Apostólica. Así bajo sus directrices iniciales concretó la obra más grande realizada por el hombre, que fue la conquista y evangelización de un continente. A su obra de reforma se sumaron luego personas de la talla de Francisco de Vitoria, Suárez... y cristalizó en el Concilio de Trento con la aportación del Padre Laínez. Claro que esto fue posible porque Cisneros había cuidado a sus reinos con el tribunal de la Santa Inquisición". Pero no acaba aquí, la sexta pregunta interroga "¿quién era Lutero?" Y no se pierda la respuesta: "el señor Lutero era hasta hace no mucho alguien que desempeñaba la profesión dedicada a fabricar artículos de luto, ya fueran sobres y papeles para cartas con un listón negro en su borde, y también esquelas y recordatorios. Desgraciadamente su prosperidad dependía de la muerte de sus vecinos. Hubo uno muy famoso, llamado Martín,

al que creo que se le fue la mano, y cubrió de luto la Cristiandad entera". —¿Se da cuenta, O'Neill? Es escandaloso.

—Tiene razón director. Las dos veces escribe Lutero con minúscula. (...)

Corrigiendo sus lentes, Hughes continuó leyendo:

—Séptima pregunta, "¿dónde se encuentra Gran Bretaña?" —Arrieta demuestra estar en Babia con su respuesta—, escuche: "La Bretaña auténtica se encuentra en las legiones británicas que acompañaron a Julio César, en el Rey Arturo y sus caballeros de la tabla redonda, en Ricardo Corazón de León. En Shakespeare, Santo Tomás Moro, Tolkien, Benson y Chesterton. Allí se refugió la Inglaterra valiosa. La pequeña, bastarda y cursi es la hija del regicida Cromwell. Y de Calvino. Yo creo que hubiera sido bueno cambiarle el nombre, pero es algo que ha pasado, al final en todas las naciones de la Cristiandad, así que no los culpo". —Este muchacho desvaría—siguió quejándose Hughes—.

—Tiene razón, Director. La pregunta en verdad versaba sobre geografía..

—Escuche la octava O'Neill: "¿podrías en un par de líneas describir a la gran Reina Isabel?". La respuesta general ha sido "Nuestra querida Reina Isabel I nació en Londres en 1926 y ocupó el trono desde febrero de 1952 hasta el pasado 8 de septiembre, fecha en que, después de 70 años de nsolicitud y dedicación a su pueblo, murió en el castillo escocés de Balmoral". En cambio, no se pierda la respuesta de Arrieta: "La magnífica Reina Isabel nació en la villa de Madrigal de las Altas Torres en abril de 1451. Se casó con Fernando, príncipe heredero del reino de Aragón, siendo ella la princesa heredera de Castilla.. Ambos subieron al trono de sus respectivos reinos, y juntos lograron el gran sueño de poner fin a casi 8 siglos de presencia mahometana en la Península Ibérica cuando el 2 de enero de 1492 conquistaron Granada. Propiciaron la unidad de todos los reinos ibéricos y con el Cardenal Cisneros llevó adelante la reforma del clero. Escuchó a Cristóbal Colón y financió el viaje en el que se descubriría América, punto de partida de la Hispanidad. En su testamento fue tan piadosa con los habitantes del nuevo mundo, que hizo posible la obra

más fecunda de catolicidad que haya realizado el género humano. Murió en olor de santidad el 26 de noviembre de 1504".

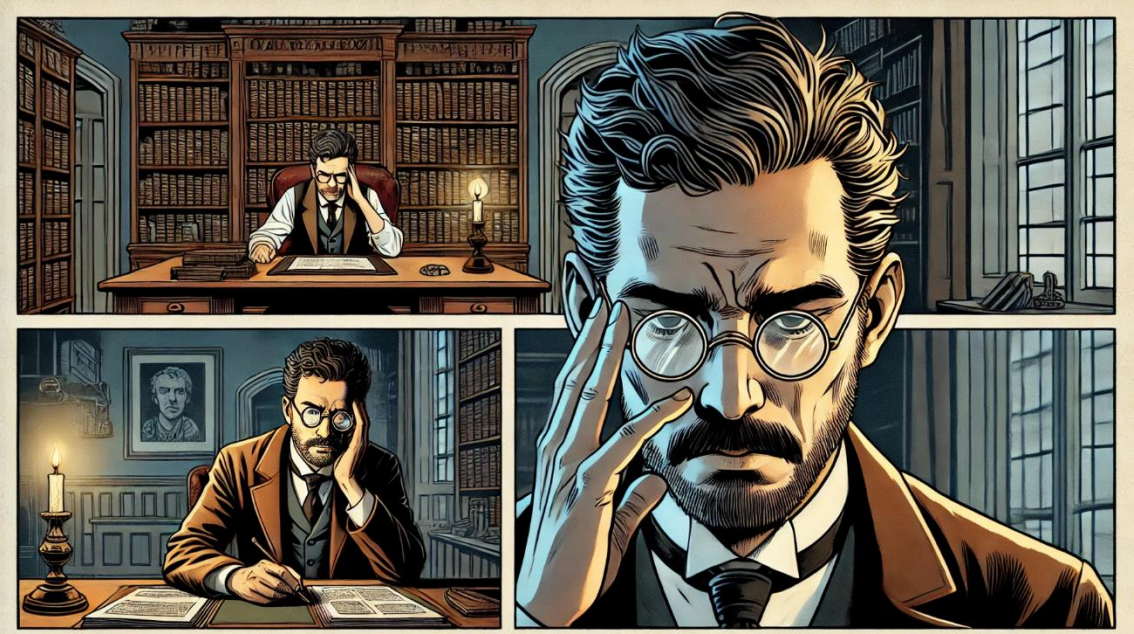
—Usted admite, señor O'Neill, la originalidad de estas respuestas, ¿no?

—Sí, señor Director, respondió el irlandés. Son originales —O'Neill no ignoraba que la verdadera originalidad consiste en volver una y otra vez al origen. Ya lo había explicado alguna vez Gaudí.

—Pues preste atención a la novena, "¿con qué frase que contiene tres sustantivos análogos en este caso a sudor, se acompaña siempre la figura de un ilustre jefe militar?". La respuesta disciplinada de los jóvenes de Harrow no se hacía esperar: "Winston Churchill animó a los ingleses a una batalla heroica y necesaria que costaría sangre, sudor y lágrimas". En cambio, mire cómo Arrieta se niega a colaborar en su educación: "el gran poeta español Manuel Machado hace una genial pintura del Cid Campeador. En ella, como si utilizara la pluma de Virgilio escribe 'el ciego sol, la sed y la fatiga, por la terrible estepa castellana, al destierro conduce de los suyos, polvo sudor y hierro, el Cid cabalga. Es difícil imaginar mayor hidalguía". Y no se para aquí porque el examen tenía más preguntas "¿en qué acontecimiento crucial intervino la Providencia con su mano en los intereses británicos?" La respuesta que enseñamos en Harrow es "en el año 1588 la mano de la Providencia deshizo la Gran Armada, que enviaba España hacia las Islas Británicas. Dando comienzo a la época de esplendor del comercio marítimo que nos ha hecho grandes". En cambio, Javier hace gala de una gran falta de seriedad y nos dice que "la pérdida de la Gran Armada, denominada desde las imprentas protestantes del norte de la Península Itálica como Armada Invencible —iniciando la leyenda negra— fue un desastre causado por fenómenos naturales y por cierta impericia del duque de Medina Sidonia. En cambio, algunos aseguran que sí intervino la mano de Dios en un momento inolvidable de la historia inglesa,

concretamente en el año 1986, en México, en un partido de fútbol contra el equipo argentino en el que había un tal Maradona..."

Echemos ahora el telón para seguir en otro momento con la reacción del pobre Hughes y del valiente O'Neill...



(continuará)

Juan García Gallardo, Círculo Tradicionalista Río de la Plata

Pelayos

Las Aventuras de Clara y Santiago

En el desayuno, después de asearse y ofrecer el día a Nuestro Señor, se disponen a planificar lo que van a hacer hoy en el colegio, ya que algunos compañeros, socialistas y comunistas, van a colgar carteles contra Cristo Rey por los pasillos, y Clara y Santiago saben bien, que esos de derechas - ¡atajo de cobardes y traidores! - no lo van a impedir.

¡Y aquí hay pelayos y margaritas! que se enfrentarán con quien haga falta para defender la Santa Tradición.

Hay que coordinarse con los amigos antes de clase, deben juntarse todos los pelayos, porque no se puede dejar vencer a los enemigos de Dios, y mucho menos no actuar ante tantas ofensas; así que hay que planificar bien lo que hay que hacer.

Los padres de Clara y Santiago están también pensando qué hacer, pero saben que los pelayos y margaritas estarán ahí para parar esa ola de suciedad que quiere conquistar el colegio. Aun así, se acercarán al colegio, porque seguro que algún maestro está detrás de todo esto. Ellos también son carlistas, y no dejarán pasar a los enemigos.

Ya es hora de entrar en clase. Por lo visto, los socialistas y comunistas ya han hecho de las suyas y han pegados sus carteles ofensivos. Como era de esperar, los de derechas -cobardes donde los haya- no han hecho nada, ni por impedírselo ni por quitarlos.

¡Cobardes!, son como ellos.

Pero nuestros amigos ya están aquí, y todo sigue según lo planeado por el jefe de los pelayos y margaritas.

Y Jarrón también va a participar: va a cubrir la retaguardia.

Jarrón ya está en su posición, mirando fijamente el pasillo donde han colgado los carteles. No deja de gruñir, y enseñar de vez en cuando los dientes.

¡De esta puerta no sale nadie sin su merecido!

Dentro de poco terminará la clase y todos entrarán en acción, en el recreo.

Se creen esos miserables que son vencedores y que el colegio es suyo.

¡Qué sorpresa se van a llevar!

¡Se van a asustar más que en la Cruzada del 36!

Ya es el recreo. Una oración dirigida por nuestra margarita Clara y a la acción.

Mirad como los ilusos de ríen. No saben que un pelayo y una margarita en gracia de Dios son lo más peligroso que hay.

Pelayos!

¡Arrancadlos todos!
¡Que no queden ni los pedazos!
¡Viva Cristo Rey!
¡Viva España!
¡Viva Enrique V!

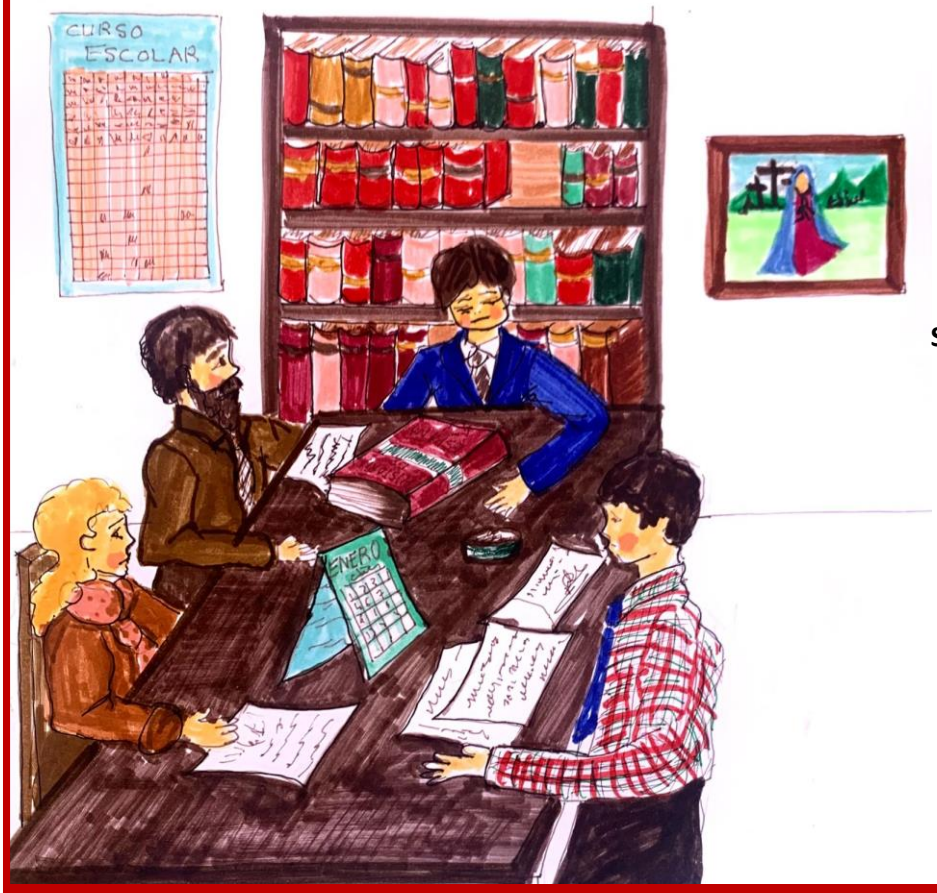
¿Qué os creíais? Aquí hay españoles…

¡Por Dios, por la Patria y el Rey!

¡Qué no queden ni las virutas!
Aquí ya no vais a volver a pegar nada, porque nos tendréis siempre enfrente.

Y cómo os veamos colgar algo más…haremos lo mismo.

¡Viva Cristo Rey!



El alboroto ha hecho reunirse a los profesores del colegio, no se esperaban la reacción de los carlistas.

- ***¿Qué debemos hacer?***

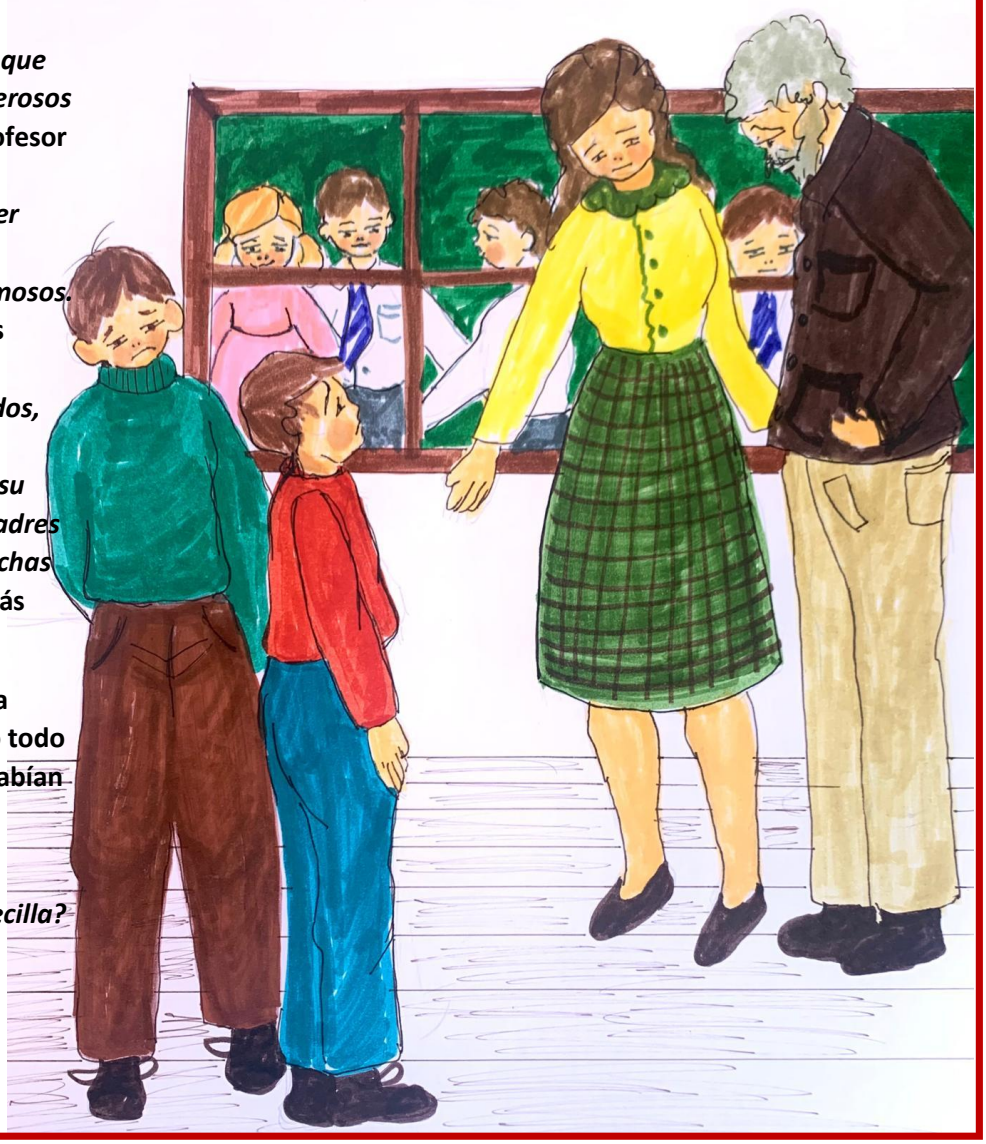
Se preguntó un profesor.

- ***Llamar a los responsables y que nos den una explicación.***
- ***¡No!* – dijo el profesor más mayor- *tienen toda la razón, debemos pedir explicaciones a esos rojos.***

- ***¿Habéis sido vosotros los que habéis pegado esos asquerosos carteles?*, interrogó el profesor más mayor.**
- ***Nos dijeron que eso era ser moderno, y que si los pegábamos, seríamos famosos.* Respondió el alumno más bajito.**
- ***Y que nos tenían engañados, que Dios no existía, y que España tenía que olvidar su pasado, y que nuestros padres nunca tienen razón, y muchas cosas más.* Intervino el más alto de los dos.**

Pero el profesor mayor quería saber quién había organizado todo aquello que, gracias a Dios, habían desbaratado los pelayos y margaritas:

- ***¿Dónde está vuestro cabecilla?***



El cabecilla había salido corriendo, lleno de miedo, como cobarde que era, pero se había encontrado con Jarrón en la puerta de colegio, que no había dejado de vigilar la retaguardia.

Tan pronto lo vio, supo que no era trigo limpio.

- ***¡Este es al que hay que atrapar!,*** **pensó Jarrón.**

Y con toda su fuerza le mordió el jersey y no lo soltaba para que no escapase.

¡Ahora iba a saber quienes son los carlistas!

¡Qué alboroto!

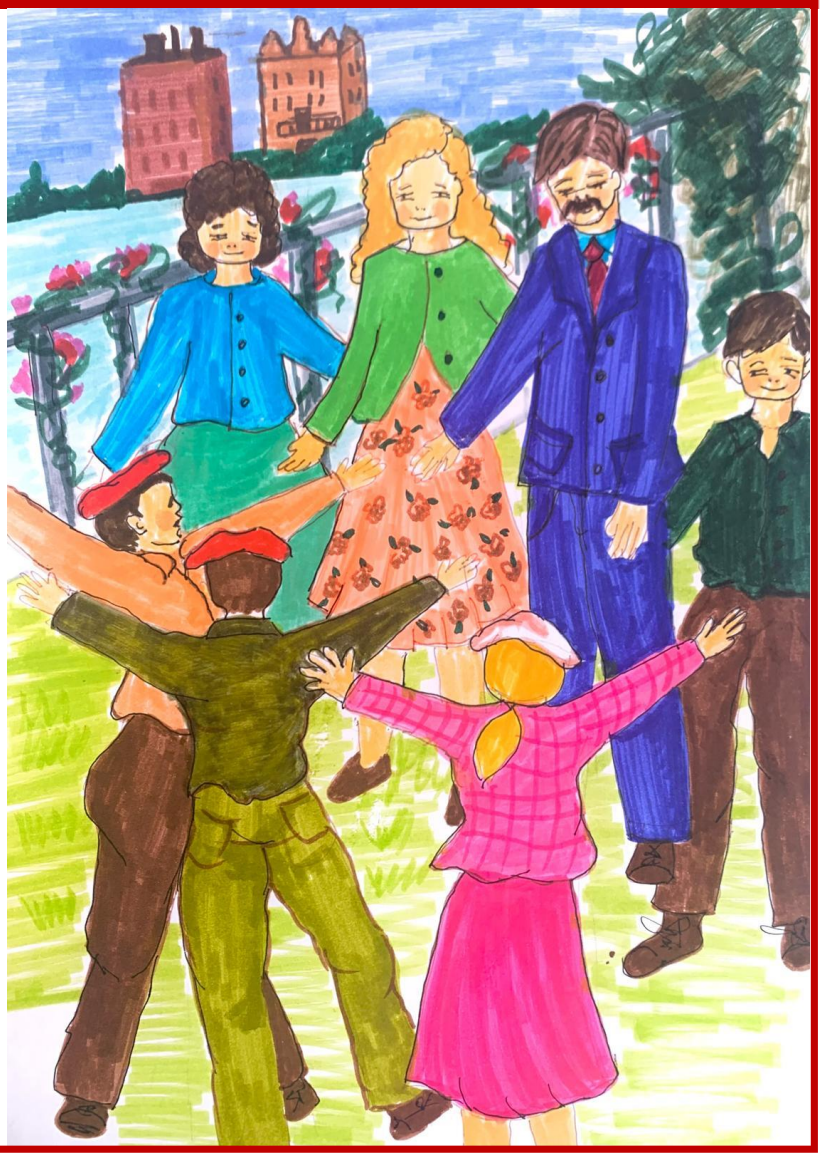
¡Qué victoria!

El colegio lleno de boinas rojas y blancas, cantando a pleno pulmón:

Por Dios, por la Patria y el Rey…lucharon nuestros padres…lucharemos nosotros también…

Y hasta allí llegaron sus padres con más gente, ya que los habían llamado del colegio porque había habido un altercado.

- ***¡Papá, hemos ganado!,*** **gritaba Santiago.**
- ***¡Les hemos parado los pies!,*** **vociferaba Clara con coz más alta que su hermano.**
- ***¡Estoy muy orgulloso de todos vosotros!*** **- dijo el Presidente del Círculo carlista que hasta allí fue- *S.A.R. D. Sixto, el Rey, quiere que os transmita que está muy orgulloso de todos vosotros.***
- ***¡Viva el Rey!, Viva España!,*** **gritaban todos, emocionados.**



Volvía a ondear la bandera la bandera de la Santa Tradición en el colegio de Santiago y Clara.

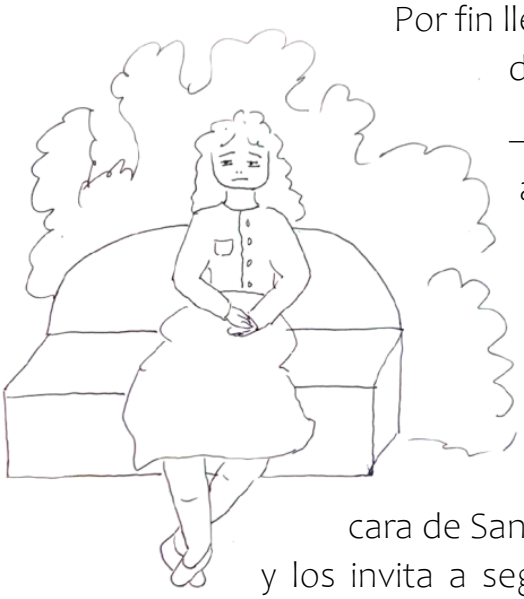
Habían vencido a los enemigos de Dios y la Patria, habían sido fieles al Rey, Enrique V.

Y también descubrieron ante todos sus compañeros, la cobardía y la traición de aquellos que se llaman de «derechas», que nada hacen por impedir que se traicione a Nuestro Señor Jesucristo y a las Españas, porque, en el fondo, son iguales a esos sucios socialistas y comunistas.

¡POR DIOS, POR LA PATRIA Y EL REY!

Las Españas

El agotamiento no hacía mella ni en Santiago ni en Clara. A D. Ignacio se le veía radiante de volver a encontrarse con los correligionarios de todas las Españas. Jarrón no dejaba de mover el rabo y, de vez en cuando —con energía irrefrenable— ladraba al aire, queriendo hacer saber a todos que allí estaban los carlistas.



Por fin llegaron a su nuevo destino, desesperados, no por lo largo del viaje, si no por la impaciencia de verlo todo.

—Bienvenidos a Guadalajara—recibe Tadeo, un joven local a Santiago y a Clara luego de 8 horas de viaje desde la Ciudad de Méjico.

Desde temprano, comienzan: Tadeo invitó a los visitantes proponiéndoles empezar el día con la Santa Misa de siempre en la Catedral.

— ¡Estoy exhausta deseo descansar!, se queja Clara. La cara de Santiago es de preocupación, pero Tadeo no pierde el ánimo y los invita a seguir a una peregrinación, el semblante de Clara cambia después de que la imagen de «la Generala», anunciara el inicia el recorrido.

— ¿Por qué le llaman «la Generala» a la Virgen de Zapopan? — pregunta Santiago.

— No lo sé — respondió avergonzado Tadeo, pues sé que fue de algún hecho histórico de hace un titipuchal.

— Bueno, allí dice «*Generala de las Armas de la Nueva Galicia*», me agrada el título, pues ahora sé que Jalisco correspondía a la Capital del Nuevo Reino de Galicia.

La procesión es seguida por seglares y religiosos, grupos de danzas de diversas comunidades indígenas.

— ¿Cuánta distancia tenemos que recorrer? — Pregunta esperanzada Clara por una corta distancia.

— Son aproximadamente 8 km kilómetros hasta llegar a la basílica de Zapopan- Jalisco tiene varios templos importantes de peregrinación, otros templos son San Juan de los Lagos y el santuario de la virgen de Talpa- asevera Tadeo.

— ¡Vaya, ver a la Virgen me ha quitado el cansancio del viaje y del calor! - Después de la peregrinación y de un refresco y refrigerio, Tadeo propone:

—Vamos a visitar un pueblo que es famoso por la bebida que lleva su nombre es la bebida mejicana, más famosa en el mundo ¿saben a qué lugar me refiero?

Un poco dudosos, ambos niños contestaron en tono de pregunta y al unísono:

—¿Tequila?

— Así es, Tequila, Jalisco. Además de ser una de este licor, también tiene una rica historia religiosa, continúa explicando el jalisciense:

— En el corazón del pueblo de Tequila se encuentra en la parroquia de Santiago apóstol.

— ¡Mi santo patrono! — interrumpe Santiago.

— Sí, ese templo del siglo XV de piedra tiene su atrio la imagen de Santo Toribio Romo, nuestro próximo mártir cristero fue Vicario en esta ciudad de Tequila, después iremos a Agua Caliente, conoceremos el lugar donde fue ejecutado Santo Toribio, quien fue apresado y asesinado por ser sacerdote. Los niños recorrieron el camino hacia la barranca de Tequila. Conocieron la ruta hasta llegar a un pequeño templo, también observaron el lugar exacto del martirio que sufrió el 25 de febrero de 1928.

— Bien amigos, aquí terminan nuestro viaje estas tierras, llenas de historia y empapada con la sangre de tantos mártires que lucharon por defender la única verdad, y al Rey universal, ya que la verdad puede tratar de ser callada, pero cuando la causa es justa, tengamos la certeza de qué nuestro Señor estará en nuestro lado de nuestro lado en dicha batalla.

-Así como los santos mártires cristeros, debemos dar muestra de nuestra Fe, proclamar a Cristo como nuestro Rey y Señor, pues para Dios no hay soldado anónimo, exclamó Santiago, recordando las palabras de su Catecismo Tradicionalista.

— ¡Exacto!, es así que los Cristeros son un testimonio más de ello, porque, aunque conocemos muchos nombres los que han sido olvidados en la tierra, serán nombrados en el libro de la vida. Es un orgullo compartir la verdadera fe con personas tan valientes.

Además, —continuó Tadeo—, mi abuelo me contó que hubo algunos Cristeros que quisieron ser Requetés en la Cruzada de 1936, por ejemplo, el General Lauro Rocha, por desgracia fue ejecutado por el gobierno mexicano cardenista antes de embarcarse a la Península —.

— ¡Una prueba más de que hay un vínculo inescindible de la verdadera Hispanidad con la Fe católica!, respondió sorprendido Santiago.

Santiago y Clara regresan emocionados, no sin antes visitar el lugar del martirio del Beato Anacleto González Flores y probar las «*tortas ahogadas*».

Madre de La Hispanidad

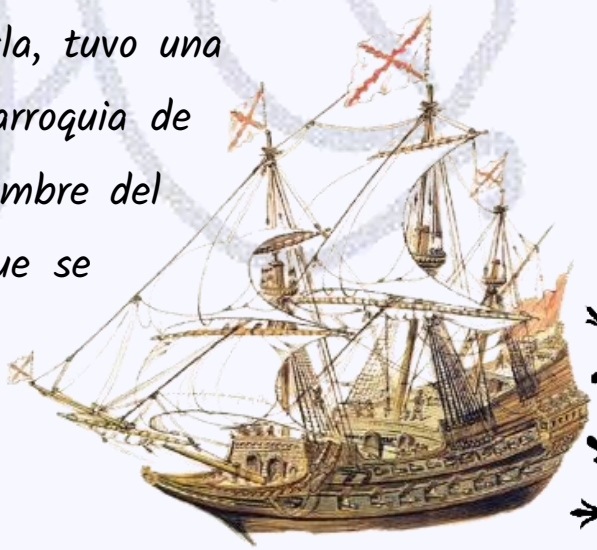
Nuestra Señora de Nueva Cádiz

Si existe un lazo que une al oriente venezolano tan fervorosa y fraternalmente, este es, uno mariano, que no deja que las tradiciones de sus pueblos y ciudades cesen en sus tributos de venerar a La Madre de Nuestro Señor, Cristo Jesús.

Las fiestas patronales que toman lugar en tantos pueblos orientales, desde Margarita en las Antillas menores, hasta Guárico en el llano, reflejan un semblante regional cargado de filial devoción, que a su vez rinden consanguíneo homenaje a la Madre Patria -la cual la ha nutrido con la Buena Nueva y ha dejado a María como Madre Angular- prolongando así el fuego de la devoción que de Ella heredaron desde la noble conquista.

Las celebraciones de la Advocación de Nuestra Señora de Nueva Cádiz, conocida generalmente como Nuestra Señora del Valle, se conmemoran cada 8 de septiembre, día en que fue coronada -y un mes después de que San Pío X hubo concedido su Coronación Canónica- en el año 1911.

Su progreso histórico y devocional, desde su partida peninsular hasta el gran arribo a la Villa de Santiago de Cubagua, se desplaza a través de una retahíla de hechos y portentos que no dejan de sorprender y exaltar el fervor de todos. Así pues, siendo la imagen de la Virgen traída por los españoles residentes en la Isla, tuvo una permanencia muy breve en la parroquia de Santiago; y he aquí que en diciembre del año 1541, un funesto huracán que se ensañó contra las tierras de la Villa, dejó muchos descalabros y pérdidas materiales.



No obstante, la imagen, incólume después de la catástrofe, se transportó a Margarita, donde se colocó en una modesta capilla de paja y bahareque por el Sacerdote y vicario de Cubagua, Francisco de Villacorta, protector de los indígenas en aquellos tiempos.

La Imagen resistió con firmeza diversas vicisitudes; tales como los saqueos y estragos que los franceses causaron en 1555 en Margarita. Y así -similar a muchos portentos históricos de conversión- la aparición real de la Virgen María a los Guaiqueríes, fue la fehaciente crisálida que permitió la incipiente conversión de unos e hizo heraldos y protectores de la Cristiandad a otros; así se ha ido enraizando hasta abarcar en su totalidad estas fértiles tierras donde la Divina Providencia surcó con amor y nos dice, como a sus favoritos:

«Ahí tienes a tu Madre»

esperando cosechar cada día el llamamiento divino para acercarnos a Su Reino.

En la pequeña Ciudad de Puerto La Cruz, Provincia de Barcelona, anualmente se hacen las celebraciones patronales, venerando a la Virgen del Valle como patrona de los orientales y pescadores. En las parroquias se hacen novenas, procesiones y misas en su honor que vienen acompañadas de actividades un tanto más secularizadas, donde nunca puede estar excluida la modernidad seglar en su eterno denuedo crematístico. El día 8 de septiembre de este año, se celebró la procesión por las azules costas del Paseo Colón y culminó con sus tradicionales costumbres que van desde carreras de peñeros en honor a la Virgen, hasta el típico desfile marítimo por las aguas del mar Caribe donde se pasea la imagen con embarcaciones y navíos de la armada.

Estas fechas, sin duda alguna, son muy jubilosas, no solo en Puerto La Cruz, sino también en todo oriente y, si salimos de los trazos de nuestras fronteras, se le rinde homenaje y venera bajo la misma advocación tanto en Argentina, como en la Madre Patria peninsular; lo que refleja que los lazos de hermandad en el mundo hispanoamericano, pese a la disgustosa disrupción independentista, está y estará sustancialmente unida bajo el estandarte de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

V Concurso Infantil y Juvenil de Ilustraciones Revista Pelayos

«Nuestros abuelos en Navidad»

Categoría Dibujo/Pintura

1º Premio

María Itati Baño Astinza (11 años)

Categoría Relatos
1º Premio

Un poncho para Diego

La misma tarde que llegó al pueblo, Diego miró la plaza desde el auto y apretó muy fuerte los puños para no llorar. Sentía que, en ese pueblo remoto, de tejados rojos y colinas cubiertas de ichu, donde todos parecían vivir al ritmo de la Edad Media, él siempre sería un intruso. La imagen de la Virgen del Carmen con el Niño Jesús en brazos, que estaba en una adornada gruta al lado de la plaza, le recordó de inmediato aquello que más extrañaba.

Su abuelo le dio la bienvenida en la puerta de una vetusta cabaña. Tenía preparadas una rica mazamorra de chuño y un wawa dulce recién horneado, que había conseguido después de mucho insistir en la panadería del pueblo. Pero nada alegró la mirada de Diego y sus pocas palabras dejaron en claro al abuelo que hacerlo sentir bienvenido no sería tarea fácil.

Aunque los días pasaban ligeros, para Diego todo en el pueblo olía a tierra y madera podrida. Los balcones derruidos abundaban. Parecía que en cualquier momento se les soltaría una tabla y caería en la cabeza de alguien. La gente que pasaba a su lado cuando iba al colegio lo saludaba, pero Diego sentía que lo hacían con una mezcla de lástima y curiosidad. Hasta los cerros rojizos al fondo del valle parecían mirarlo. No con cólera, ni antipatía, sino con indiferencia y aburrimiento.

La mañana del 24 de diciembre, el abuelo le anunció, con la expresión de un niño ilusionado, que no iría temprano al campo como todos los días, sino que se quedaría en casa para preparar la Noche Buena.

—Tú me ayudas, ¿ya hijo? Así recibimos bien contentos la Navidad.

Diego murmuró algo entre resignado y molesto. ¿Qué Navidad podía haber en ese pueblo perdido? ¿O qué celebración entre dos personas que apenas se conocían? En Lima, solía esperar las doce jugando videojuegos con papá. Cuando el timbre sonaba, su mamá recibía el pollo asado de uno de los mejores restaurantes de la ciudad y entonces comían mirando alguna película o especial navideño en la televisión.

El abuelo lo interrumpió minutos después, llamándolo a la furgoneta. Aunque Diego seguía refunfuñando, subió al lado de su abuelo mientras jugaba frenéticamente un jueguito en su inseparable celular. El abuelo, hábilmente, fingió no notar su berrinche.

Lo primero era cortar la leña para el horno. Así que cuando llegaron al bosque de algarrobos, el abuelo sacó una gran hacha de debajo de su asiento y se puso a cortar los árboles que estaban más a mano.

—Anda cargando la leña a la furgoneta, hijo. —pidió el abuelo guiñando un ojo mientras daba golpes secos en la madera reseca.

Diego inició el trabajo, pero pronto volvió a concentrarse en los juegos del celular. El abuelo, al ver que no regresaba por más leña para cargar, lo llamó con un tono firme pero controlado que Diego no le conocía:

—¡Vamos, muchacho, a trabajar! La leña no se carga sola.

Rápidamente, como movido por un resorte, Diego guardó el celular en su bolsillo y siguió trabajando. Pronto había terminado con la ruma entera y abordaba junto con el abuelo la furgoneta de regreso a casa.

—Buen trabajo, hijo —lo felicitó el abuelo, dándole una buena palmada en el hombro.

Aunque tenía las manos entumecidas y arañadas, Diego sintió una gran satisfacción. Tanta que ni siquiera se acordó de sacar su celular. Cuando, a diferencia del viaje de ida, levantó la cabeza y miró a través de la ventanilla, quedó encandilado por tantos colores y el bello contraste que hacían. La tierra rojiza cercada de oscuro algarrobo, y el cielo con los cerros de arcilla, hierba y pastos dorados demarcando el horizonte.

Ya en casa, el abuelo le enseñó a cortar la carne para el adobo, y a sazonarla con sal, pimienta, comino, orégano, ajo y ají panca.

—Cuando tu papá tenía tu edad también le enseñé a sazonar la carne. Tú lo has hecho igualito que él. --dijo el abuelo, orgulloso.

Aunque corría un viento frío que parecía llevarse volando las palabras del abuelo, a Diego se le quedaron grabadas en el corazón.

Mientras la carne se asaba en un gran horno de barro en el patio, el abuelo puso un viejo libro con tapas de cuero sobre la mesa. Cuando empezó a leer, lo hizo con la voz solemne de quien se prepara a contar una historia inmemorial.

—Llegó una viejita cargando una frazada... —dijo, mientras Diego, callado, esperaba que la historia continúe.

—Adivina, pues hombre. —dijo riendo el abuelo.

¡Era un libro de adivinanzas!

—Mmm, ¡una abuelita lavandera! —bromeó Diego.

—No, no. Para nada, ja ja ja. ¡Es la oveja!

Diego rio a carcajadas mientras el abuelo le pasaba el libro para él también leyera.

—En una pampa, está esparcida la quinua...

El abuelo respondió sin titubear:

—¡La noche llena de estrellas!

Diego volvió a reír mientras protestaba porque el abuelo, seguramente, ya se sabía todas las adivinanzas del libro. Cuando al fin la carne estuvo lista, juntos apagaron el horno, pero dejaron el fragante adobo reposando dentro, para cenar cuando volvieran de la misa.

Diego no tenía muchas ganas de ir, pero no quiso decirlo y arruinar el buen momento. Como hacía mucho frío a esas horas, abuelo y nieto caminaban juntos por los jirones empedrados, bien envueltos en un gran poncho de lana de alpaca.

En las calles había ambiente de fiesta, pero una fiesta diferente a la que Diego había conocido en la ciudad. Las casas estaban adornadas con velas, lámparas y coronas de adviento. Muchos vecinos se preparaban para ir a misa también, y entre todos se saludaban con el mismo afecto del que Diego había desconfiado desde su llegada. Incluso algunos de sus nuevos compañeros de colegio pasaban y lo saludaban con un abrazo y un apretón de manos.

La iglesia parecía muy, pero muy antigua. Su campanario, imponente, se elevaba sobre las tejas de las casas. Diego se sorprendió al ver que cerca de la entrada había un pequeño altar. Este tenía grabado en letras doradas el año de 1624

El interior apenas iluminado, el aroma de las flores, la luz oscilante de las velas, y, sobre todo, el respeto y la devoción de la gente, mostraron a Diego que entraba a un lugar misterioso.

En esa misa no había altavoces ni adornos multicolores. La delicada música del coro y las oraciones que entonaba el sacerdote aquietaron la mente de Diego. Después de un rato y casi sin darse cuenta, se encontró pensando su casa, en lo mucho que extrañaba a sus padres, y para su sorpresa, también en el cariño que le daba su abuelo.

Tenía la vista fija en los maderos que cargaba el Señor de la Caída. Contempló, con atención, su rostro triste y herido y sus ojos que emanaban sufrimiento.

Al lado, la imagen de Nuestra Señora del Carmen; era la misma que había visto cargando al Niño el día de su triste llegada al pueblo.

Cuando entendió que aquel Niño era el también el Hombre que sufría bajo los maderos de la Cruz, y vino a su mente, como un rayo, el dolor de la Virgen, Su madre; una lágrima rodó a su barbilla.

—Quiero rezar por mis papás —dijo al abuelo. Por un momento, los ojos del anciano parecieron brillar.

En ese momento, el sacerdote rociaba a los fieles con agua bendita y el canto del Asperges me vibró en la antigua iglesia, como en cada fiesta sagrada a través de los siglos.

Diego levantó la mirada. Los ojos de la Virgen le sonreían. Su mano extendida casi podía tocarlo. Entonces creyó con su nueva certeza, que la Virgen Santísima hubiera querido tener un poncho como el de su abuelo a la mano para abrigarlo. Cuando terminó la Santa Misa, pidió a Nuestra Señora que fuera por siempre su madre.

Camino a casa, el cielo estaba cubierto de estrellas como una pampa donde se hubiera esparcido la quinua. Diego puso al Niño en el nacimiento y después de agradecer a Dios por el Salvador, el abuelo sirvió el adobo que habían preparado más temprano.

Esa noche, Diego se quedó dormido pensando en la mirada de Nuestra Señora, en las adivinanzas del abuelo y en esa primera Navidad de muchas. De muchas, gracias a Dios.

Renzo Martín Polo Sevilla (41 años)

Catecismo
Juventudes Tradicionalistas

Don Carlos de Borbón y de Austria-Este (Carlos VII)

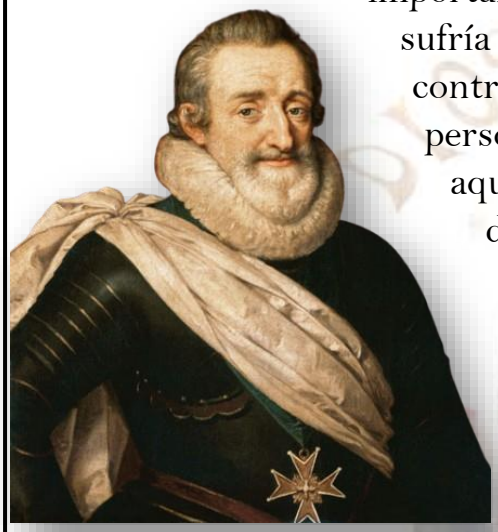
Primogénito del Infante de España D. Juan de Borbón y de Braganza (hijo segundo de Don Carlos María Isidro de Borbón) y de la Archiduquesa de Austria Doña María Beatriz, nació el día 30 de marzo de 1848, cuando la Revolución ardía en toda Europa. En Laybach vio la luz Don Carlos María de los Dolores, siendo padrinos suyos su abuelo paterno D. Carlos María Isidro de Borbón y su segunda esposa Doña María Teresa de Braganza, y le confirmó en Bolonia, el año 1857, Su Santidad Pío IX, añadiéndole el nombre de

Pío. Se educó en el destierro, al lado de su augusta madre y juntamente con su hermano D. Alfonso, en las cortes de Módena y de Praga, con sus tíos el Duque Francisco V y el Emperador Fernando I. Hizo su aprendizaje militar en la Brigada Estense, llegando a ser Capitán de Artillería, y al disolverse aquélla fue condecorado con la Medalla *Fidelitatis et constant tire in adversis.*

Tuvo por Ayo al General de Artillería Don Luis García de la Puente (veterano de la guerra de la Independencia, de la guerra realista de 1820-1823 y de la de los Siete Años) y por Preceptor al Padre Cabrera. El día 14 de junio de 1864 la Princesa de Beira (viuda de D. Carlos María Isidro de Borbón) le entregó solemnemente, en Trieste, el Estandarte de la Generalísima de los Ejércitos carlistas de la primera guerra, la Virgen de los Dolores, que Don Carlos recibió de rodillas, jurando custodiarlo y defenderlo siempre con honor.

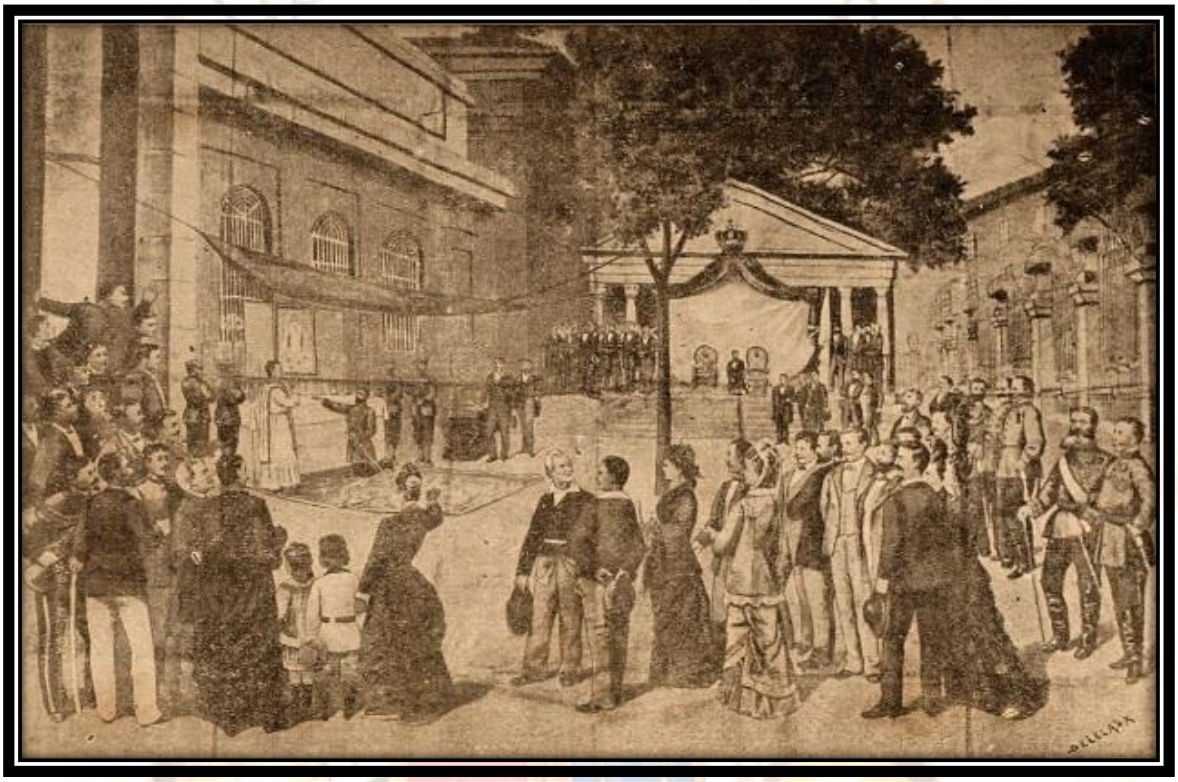
El día 3 de octubre de 1868, D. Juan de Borbón abdicó en él sus derechos, adoptando entonces Don Carlos el título de Duque de Madrid, y dirigió por primera vez la palabra a los españoles, en forma de carta a su hermano D. Alfonso, el 30 de junio de 1869. Consecuente con sus propósitos de ser digno representante de las tradiciones españolas, rechazó los tentadores ofrecimientos que sucesivamente le hicieron progresistas, moderados y enemigos de la integridad nacional, que bajo diferentes condiciones se brindaron a allanarle el camino del trono con poderosos elementos. Protestó desde Vevey, el 8 de diciembre de '1870, contra la subida al trono de D. Amadeo de Saboya. En todo el transcurso de tiempo desde el destronamiento de Doña Isabel hasta su entrada en España, trabajó con ardor y sin descanso por la Causa Católico-Monárquica, primero en París, a donde acudieron millares de españoles; después en la frontera de Cataluña; posteriormente en Londres y Baden-Baden; tratando en vano de vencer la mala voluntad del General Conde de Morella, extremando con él la paciencia por consideración a sus pasados servicios y a su popularidad, a pesar de entrever la actitud que al fin había de adoptar enfrente suyo y, por último, convocó en Vevey la Magna Junta, en la que asumió la dirección personal de la Causa Católico-Monárquica, rodeado de una verdadera Corte de grandes de España, políticos eminentes, militares de brillante historia y representantes de todas las clases sociales. En

Vevey y Ginebra procedió a la organización de los elementos que habían de ayudarle, formando Ministerios y creando un verdadero Gobierno hasta que de Ginebra partió para la frontera vasco-navarra. Allí pasó una larguísima temporada, de las más azarosas y novelescas de su vida, perseguido sin cesar por la policía francesa, oculto y obligado a cambiar de escondite a cada momento, pero sin suspender un solo instante sus trabajos y avistándose constantemente con importantes conspiradores. Prudente a la par que enérgico, sufría con gusto los innumerables sobresaltos y contratiempos de aquella vida errante, dirigiendo en persona los preparativos del alzamiento carlista, desde aquel Bearn, cuna de su familia, que también fue testigo de la accidentada juventud de Enrique IV antes de subir al trono de Francia. Aclamado como Rey, bajo la denominación de Carlos VII, en el Norte, en Cataluña, y en el Maestrazgo por millares de hombres, entró en España por Vera el día 2 de mayo de 1872, dirigiendo su voz a la Nación y al Ejército en sendas proclamas que se hicieron populares. Vencido momentáneamente a causa de la defección de algunos que por él se habían comprometido, repasó la frontera por los Alduides, después de luchar desesperadamente en Oroquieta con un puñado de valientes que en su mayoría carecían de armas. El día 16 de julio de 1872 ofreció espontánea y solemnemente, desde la frontera de España a los pueblos de la antigua Corona de Aragón devolverles sus fueros y libertades, acomodándolos a las exigencias de nuestros tiempos; alentó a los bravos que aún luchaban en Cataluña para que a todo trance se sostuvieran en campaña, y arrostrando él también, con tesón admirable, sufrimientos y trabajos sin cuento preparó, a fuerza de energía, el nuevo alzamiento del Norte. Volvió a entrar en España por Zugarramurdi el día 16 de julio de 1873; asumiendo en persona el mando del Ejército del Norte libró a su frente los combates de Allo, Dicastillo, Montejurra y Lácar; dirigió los sitios de Bilbao, Guetaria e Irún, así como las tomas de Estella, de Ibero, de las Campanas de Viana, de Portugalete, de las Arenas y del Desierto, llegando a contar en su activo militar con unos doscientos días de fuego. El día 5 de febrero de 1875 el Capitán general carlista Elío, en nombre de su Ejército, pidió



a Don Carlos que usase la Gran Cruz de San Fernando, por considerar que ya la había ganado como General. En los cuatro años de campaña, de 1872 a 1876, las armas carlistas vencieron (además de en otras muchas acciones de menor importancia) en los memorables combates de Arizala, Arrigorriaga, Oñate, Anglés, Horta, Beuda, Balaguer, Cuevas de Vinromá, Sanahuja, Eraul, Albiol, Lecumberri, Dicastillo, Cirauqui-Mañeru, Montejurra, Lamíndano, Campdevanol, San Quirze, Alpens, Igualada, Caserras, Berga, Oristá, Prades, Játiva, Bañolas, Prat de Lluçanès, Cantavieja, Portugalete, Ontón, Somorrostro, San Pedro Abanto, Monte-Muro, o Abarzuza, Vic, Riudellots de la Creu, Castellfollit, Castelló de Ampurias, Cardona, Vinaroz, Cuenca, Biurrun, Umieta, Santa Marina, Bellmunt, Albacete, Lácar, Ventolá, Lucena, La Cenia, San Salvador de Breda, Agramunt, Espinavelt, lndamendi, Arbolancha, Choritoquieta, Navinés, Villaverde de Trucios, Lequeitio, Mercadillo, Carrasqueto, Lumbier, Daroca, Tragó, Ridaura, Molins de Rey, Mendizorrotz, San Cristóbal de Mañeru, Puente Mendaro e lrurita.

Al triunfar el pronunciamiento de Sagunto, dijo en su manifiesto de Deva, de 6 de enero de 1875, que protestaba de aquel acto por la boca de sus cañones, y en el campo de batalla siguió protestando durante más de un año, mientras tuvo posibilidad material de sostener aquella campaña. Herido en su patriotismo ante la actitud agresiva para España de los Estados Unidos, ofreció a su primo D. Alfonso una tregua para pelear todos contra el extranjero, en carta célebre, fechada en Durango a 9 de noviembre de 1875, siendo desoída tan patriótica proposición.



Como Señor de Vizcaya juró sus fueros venerados sobre la Hostia consagrada, bajo el Árbol de Guernica, el 3 de julio de 1875, y los de Guipúzcoa en Villafranca el 8 del mismo mes y año. Don Carlos no limitó sus cuidados a las atenciones militares, propias de la guerra, durante la cual llegó a tener más de ochenta mil voluntarios sobre las armas (entre sus tres ejércitos del Norte, de Cataluña y del Centro), sino que procuró organizar política y civilmente el país dominado por sus tropas, que en el Norte lo fue casi todo el territorio vasco-navarro, constituyéndose como un Estado en el que Don Carlos hasta llegó a dar un Código provisional, administró justicia y ejerció todas las funciones de la Soberanía. La Ilustración Española y Americana (bien

poco sospechosa de afecto hacia el carlismo) se expresaba a propósito de esto en su número de 22 de julio de 1909, en los siguientes términos:

«El 18, a las cinco y media de la tarde dejó de existir el que proclamaron los carlistas por Rey, con el título de Carlos VII, y que tuvo a sus órdenes un Ejército regular y reinó positivamente, durante el período revolucionario, en una parte del territorio nacional».

Don Carlos de Barbón y de Austria-Este creó los Ministerios o Secretarías de Estado y del Despacho de Guerra, Negocios extranjeros, Justicia y Gobierno político; tuvo Diputaciones o Juntas de Guerra en las provincias del Norte, Cataluña, Valencia, Aragón, Cantabria, y Castilla; una Dirección General de Comunicaciones; Academias de Artillería, Ingenieros, Infantería y Caballería; Estudios de Segunda Enseñanza en el antiguo y Real Seminario de Vergara; estudios de Facultades Mayores en la antigua Real y Pontificia Universidad de Oñate; un Tribunal Superior Vasco Navarro, del que dependían los Juzgados y corregimientos y abrió las puertas del Monasterio de Loyola a la insigne Compañía de Jesús, revelando todos estos trabajos que en el campo carlista no se atendía únicamente a operaciones militares, sino que se dedicaba particular cuidado al desarrollo natural de la iniciativa del elemento civil carlista, tan idóneo, por lo menos, como el elemento civil del resto de la Península.

Agotados al fin los recursos del país, abrumado por el número de los enemigos, vencido por la adversa fortuna, entró en Francia por el puente de Arnegui, el día 28 de febrero de 1876, escoltado por el Batallón titulado de Guías del Rey y el Escuadrón de Caballeros y Guardias, ambos Cuerpos a las inmediatas órdenes de su ayudante de Campo el General Martínez Fortún y por los diez Batallones y dos Regimientos de Caballería al mando de S. A.R. el Conde de Caserta y

del general Brea; siguiéndole a la emigración veinte mil hombres por distintos puntos de la frontera; después de cuatro años de heroica lucha contra D . Amadeo, la República y D. Alfonso, lucha que no dio por terminada, sino por interrumpida al pronunciar en Valcarlos su histórico:

¡VOLVERÉ!

El día 1º de Marzo de aquel mismo año dio desde Pau un manifiesto manteniendo y afirmando su actitud resuelta de siempre ; expulsado de Francia, inmediatamente, visitó los Estados Unidos de América y Méjico; fue a Roma, donde besó por última vez el pie de Pío IX, y después de realizar un viaje circular por toda Europa (obsequiado especialmente en las cortes de Atenas, Bucarest y San Petersburgo) tomó activa parte en las operaciones de la guerra de Oriente, y se distinguió en la toma de Nicópolis y en las tres batallas de Plewna, con cuyo motivo fue felicitado al frente de las tropas por el Zar Alejandro II y se vio condecorado con la Cruz del Valor Militar por el Rey Carlos I de Rumanía.

De regreso en París, fue expulsado nuevamente de Francia en Julio de 1881, trasladándose primero a Londres y después a Venecia,

donde se instaló en el Palacio Loredan, regalo de su augusta madre. Recorrió en diferentes viajes las más importantes regiones del globo, principalmente el África Septentrional y Occidental, las Indias, Palestina y el Sur de América, completando así su visita a los antiguos dominios españoles. En notables documentos brotados de su pluma durante aquellos viajes, afirmó la idea de una confederación entre todos los pueblos de nuestra raza y de nuestra lengua, echando la semilla de una alta concepción política, llamada probablemente a dar frutos de gloria y prosperidad para la Patria. Al ocurrir el fallecimiento de D. Alfonso XII, protestó Don Carlos desde Lucerna, contra la proclamación de D. Alfonso XIII. Desde la terminación de la última guerra carlista fue constante y no interrumpida la preocupación de Don Carlos en la dirección de la Causa Católico-Monárquica. Tuvo primero de representante suyo en España al Excmo. Sr. D. Cándido Nocedal; luego, aunque por brevísimo tiempo al Ilustrísimo Sr. D. Francisco Navarro Villoslada, y, durante su segundo viaje a América, a los Generales carlistas Marqués de Valde-Espina, Maestre, Cavero y Fortún, cada uno en distinta región de las cuatro en que dividió a sus leales de toda España. Ejerció después el alto cargo de Delegado de Don Carlos en España el Excmo. Sr. Grande de España Marqués de Cerralbo, durante cuyo mando organizáronse Juntas y Círculos en todo el reino y obtuviéronse en el terreno parlamentario éxitos de resonancia, hasta que el 6 de Diciembre de 1899 Don Carlos accedió a su solicitud para cesar en tan alto puesto, y encargó al Ilmo. Sr. D. Matías Barrio y Mier, Diputado a Cortes y Catedrático de la Universidad de Madrid, de servir de intermediario entre la organización civil y Su Augusta Persona, para que por su conducto pudieran dirigirse al Palacio Loredan todos los organismos, y al fallecer el Sr. Barrio y Mier, sustituyóle en tan honroso cargo el Ilmo. Sr. D. Bartolomé

Tiempos Monárquico Popular Críticos

Número de homenaje al gran Rey Carlos VII, en el centenario de su nacimiento

30 de Marzo de 1848

Año VI - Núm. 8 — En un lugar de la Mancha, Abril 1948

CARTA-MANIFIESTO DE CARLOS VII A SU HERMANO ALFONSO CARLOS

Síntesis de principios y programa de gobierno

¡Hoy España sigue necesitándolos!

EDITORIAL

Luz en las tinieblas

Feliu y Pérez, también (como su antecesor) Diputado a Cortes y Catedrático de la Universidad de Madrid. Antes de romper España las hostilidades con los Estados Unidos señaló Don Carlos el camino del honor en notable carta dirigida desde Venecia al Excmo. Sr. General de Artillería carlista don Antonio de Brea, el 24 de Febrero de 1898, y cuando ya se declaró aquella infausta guerra que acabó con nuestro imperio colonial, Don Carlos ordenó desde Bruselas a todos los carlistas que no hicieran nada que pudiera comprometer el éxito de la campaña, y los ayudasen con todas su fuerzas a los encargados de batirse por la integridad nacional. Terminadas aquellas operaciones de una manera tan desdichada, como es público y notorio, Don Carlos prohibió a la minoría parlamentaria del carlismo que tomara asiento en las Cámaras que iban a sancionar aquel desastre nacional. En las proclamas, manifiestos y cartas políticas que desde el año 1868 vieron la luz bajo la firma de Don Carlos, hállanse perfectamente definidos los principios que sostuvo. El día 17 de Julio de 1909, sufrió Don Carlos un ataque de apoplejía, veraneando en Varese (Italia), en donde a las cinco de la tarde del día siguiente falleció, después de haber recibido a petición propia todos los auxilios espirituales, rodeado de su esposa y de sus hermanos D. Alfonso de Borbón y D.ª Nieves de Braganza, llegando poco después Don Jaime, que se encontraba a la sazón en París. Entre los telegramas que a miles llegaron para Don Jaime dándole el pésame, figuran los de los Emperadores de Austria, Rusia y Alemania; de los Reyes de Inglaterra, Rumanía y Grecia; uno de muy expresivo del Papa Pio X, y otros muchos. El cadáver fue vestido con el uniforme de Capitán General que usó durante la última guerra carlista, el Toisón de Oro, las bandas y placas de las Órdenes de San Fernando y de Carlos III y las medallas de Pío IX, de Montejurra y de Somorrostro.

Trasladado el cadáver a Trieste (Austria, actualmente Italia), recibió allí cristiana sepultura, el día 24, en la Catedral de San Justo, previos solemnísimos funerales.

El templo ofrecía solemne aspecto, el Altar Mayor espléndidamente iluminado y la espaciosa iglesia enlutada. En el centro del presbiterio, en magníficos sillones, tomaron asiento el Príncipe Don Jaime de Borbón, su augusto tío D. Alfonso de Borbón a la derecha, y el Conde de Forni a la izquierda; del lado del Evangelio, sobre un trono, el representante del Emperador de Austria, de gran uniforme y del lado de la Epístola, en otro trono, Monseñor Nagi, Obispo de Trieste. En el mismo presbiterio, del lado del Evangelio, la Archiduquesa D.ª Blanca de Borbón (hija mayor de Don Carlos) con sus hijos, con su hermana Dª Beatriz, su tía D.ª Nieves de Braganza y de Borbón, sus primas la Duquesa de Parma y la Condesa de Bardi, las damas respectivas de las expresadas Princesas, el Marqués de Vessolla, el Conde de San Carlos, y el gentilhombre D. Eusebio de Zubizarreta. Del lado de la Epístola, las hijas de la Duquesa de Parma, el representante del Duque de Módena, el Conde Arbeláiz (en representación del Delegado en España Sr. Feliu), el General Conde de Moore en representación del antiguo Ejército carlista, el sacerdote D. Giovanni y el representante de la Duquesa reinante de Luxemburgo.

Enrique V preside la Santa Misa por el Centenario de Carlos VII

En los bancos se colocaron las comisiones españolas y cuantos habían acudido espontáneamente, a rendir el último tributo de amor y de respeto al Augusto representante de la Causa Católico-Monárquica. Allí estaban el Conde de Coma; D. Idelfonso Muñiz Blanco, Jefe

Regional de León: el Conde de Arana, Jefe del Distrito de Guernica; D. Francisco Martínez, Jefe Provincial de Navarra; los Diputados a Cortes Don Celestino de Alcocer, Jefe Regional de Burgos, D. Miguel Junyent y D. Lorenzo Saénz; el Senador del Reino D. José María de Ampuero; el General Carlista D. Emilio Martínez Vallejos; los Diputados provinciales Sres. Ampuero (Don Joaquín), Lezama y Lezameta, D. Alfredo Acebal, primer Teniente alcalde de Bilbao y los señores Iturrino, Diez de la Cortina, Boada, Vives y Dalfau. En representación de los legitimistas franceses, asistieron también (mezclados con los españoles) los Condes de Maillé y de Ghardanet y el General Cathelineau. Daban guardia de honor al cadáver los camareros y lacayos de la servidumbre de Don Carlos, su hermano Don Alfonso Carlos y su hijo Don Jaime. Don Carlos de Borbón se casó dos veces. La primera con Doña Margarita de Borbón, Princesa de Borbón-Parma (el «Ángel de la Caridad»), cuya biografía va a continuación. Dios bendijo este matrimonio, concediéndoles cinco hijos: Doña Blanca, Don Jaime, Doña Beatriz, Doña Elvira y Doña Alicia. La segunda vez se casó con Doña Berta de Rohan, Princesa de Rochefort y de Montauban. No tuvieron hijos.

¿Sabías qué?

¡Pesetero!

¡Guiri! ¡Picatoste!

En plena Primera Guerra Carlista (1833-1840), la usurpadora Isabel mandó acuñar en 1836 unas nuevas monedas, cuyo valor era de «una peseta», que junto a una pieza de pan era lo que recibían como estipendio las tropas que lucharon a su favor y en contra del Rey Carlos María Isidro de Borbón, quienes fueron llamados después por ello «peseteros», como mercenarios que eran de los liberales.

«Guiri» es otro curioso término coloquial -y con ánimo despectivo- que se utiliza con frecuencia para designar a los turistas extranjeros que se acercan en verano a nuestro país.

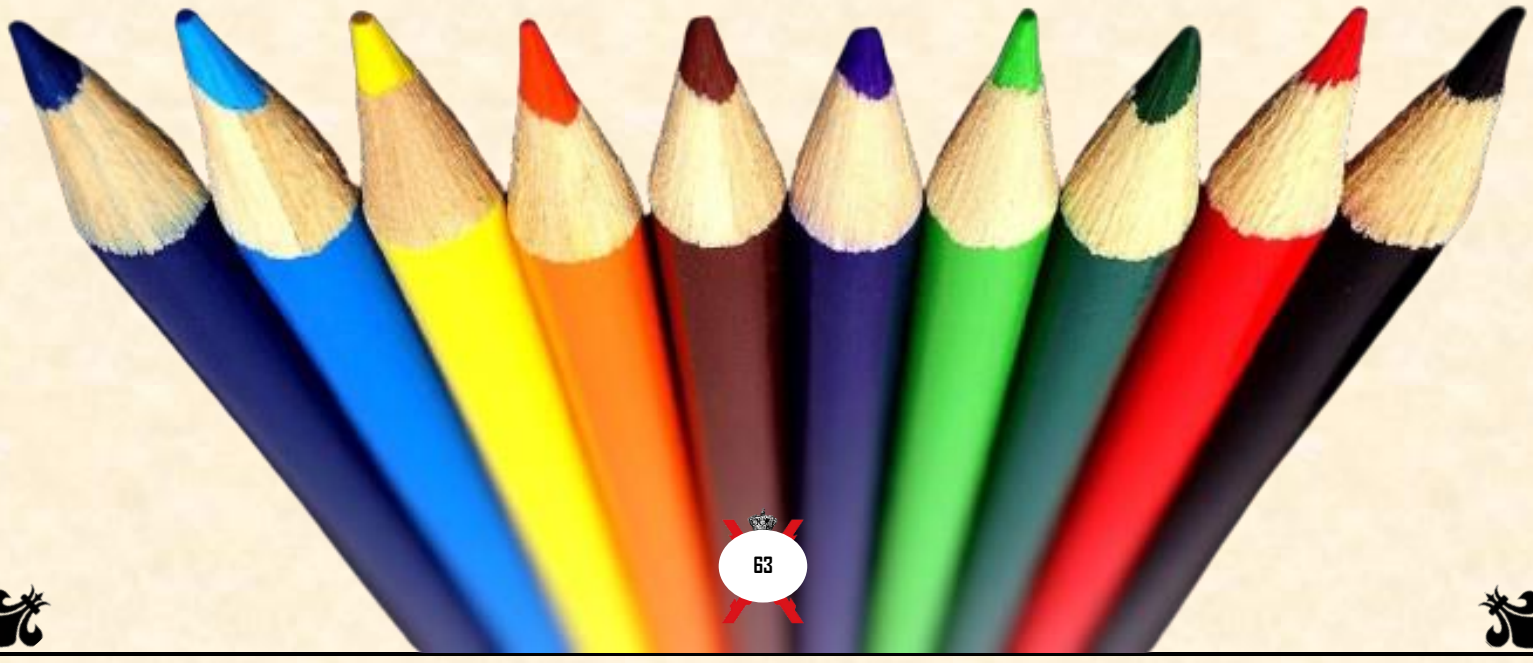
Pero esta palabra se remonta a las Guerras Carlistas en la forma «guiristino», de la pronunciación de las fuerzas carlistas de habla vasca del nombre de sus enemigos, los cristinos.

Y también fue, mientras luchabamos contra los enemigos de España, los liberales, cuando un subteniente llamado Nemesio Fernández-Cuesta y Picatoste (1818-1893), y sus hombres quedaron sitiados durante varios días sin alimentos.

En tal situación, y disponiendo sólo de pan duro y algo de aceite, el general ordenó a un cocinero que cortara el pan en pequeños trozos y los friera para que sus hombres pudieran comer algo caliente. Los llamaron «picatostes», en clara alusión al apellido del suboficial que los mandaba.

Colorea los personajes de Pelayos

Ahora puedes coloreas a todos los personajes de Pelayos: reinas, caballeros, margaritas, soldados, santos, Concilios y batallas, conquistas y victorias, ... ¡toda la Hispanidad para colorear!



Descubrimiento de América

Soldado español siglo XVI

Barco español cruzando los mares

Poemario de carlistas

GLORIAS DE ESPAÑA

A tierra saltan todos. Colón como almirante
la posesión recibe con acendrado amor;
entonan el Te Deum a coro emocionante
y lloran la alegría de hallar tan alto honor.

Colón descubre luego más joyas para España;
principia la diadema de bello rutilar,
en la que engarza Cuba, que es perla fina extraña,
y a Haití -la Española- tras firme trabajar.

Y lleno de entusiasmo Colón marcha celoso,
descubre Puerto Rico, la isla Trinidad,
y llega a Tierra firme. ¡Honores al coloso
que a España entrega un mundo radiante de bondad!

Pinzón sigue la ruta de gloria ya trazada;
descubre el Amazonas, la costa del Brasil,
y ofrece las proezas a nuestra Patria amada
su espíritu bizarro, con alma juvenil.

Aumentan la corona brillantes de gran vida.
Con singular de nuevo, Juan Ponce de León
conquista Puerto Rico, descubre la Florida
y luce con orgullo su espada e ilustre airón.

Y Núñez de Balboa, con grande valentía,
después de varias luchas descubre el mar Austral;
en él, espada en mano, penetra, y su hidalguía
conquístale laureles de lustre perennal.

Francisco Hernández Córdoba, Grijalba y Alaminos
a México descubren, y luego Hernán Cortés,
tres lides enconadas, conquistas sus divinos
parajes: ¡Moctezuma se rinde a pavés!

¡Cortés quemó las naves, que es acto de epopeya;
fundó en la Nueva España la villa Veracruz;
con hechos tan gloriosos refulge más su estrella
e irradia al universo su heroica y viva luz!...

Luis Carpio Moraga

Cancionero

"La Bandera de la Tradición"

(Estribillo)
¡Por Dios, por la Patria y el Rey,
alzamos la enseña con fe!
Con sangre y honor defenderemos,
la España que ha de renacer.

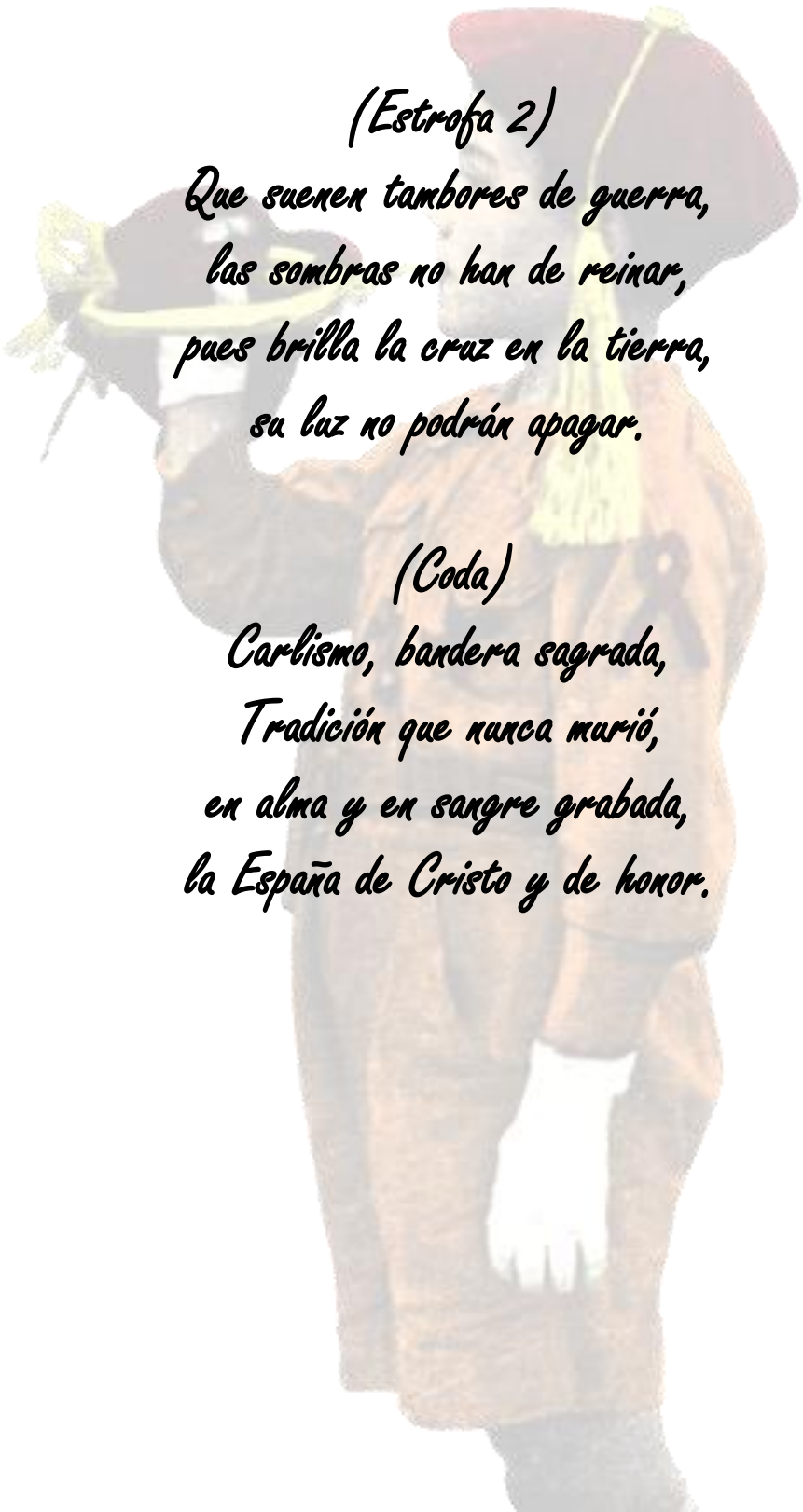
(Estrofa 1)
En campos de gloria y batalla,
con fuerza juramos vencer,
siguiendo el sendero de España,
que nunca dejamos caer.

(Estribillo)
¡Por Dios, por la Patria y el Rey,
alzamos la enseña con fe!

Con sangre y honor defenderemos,
la España que ha de renacer.

(Estrofa 2)
Que suenen tambores de guerra,
las sombras no han de reinar,
pues brilla la cruz en la tierra,
su luz no podrán apagar.

(Coda)
Carlismo, bandera sagrada,
Tradición que nunca murió,
en alma y en sangre grabada,
la España de Cristo y de honor.



Pelayos

SEMANARIO INFANTIL

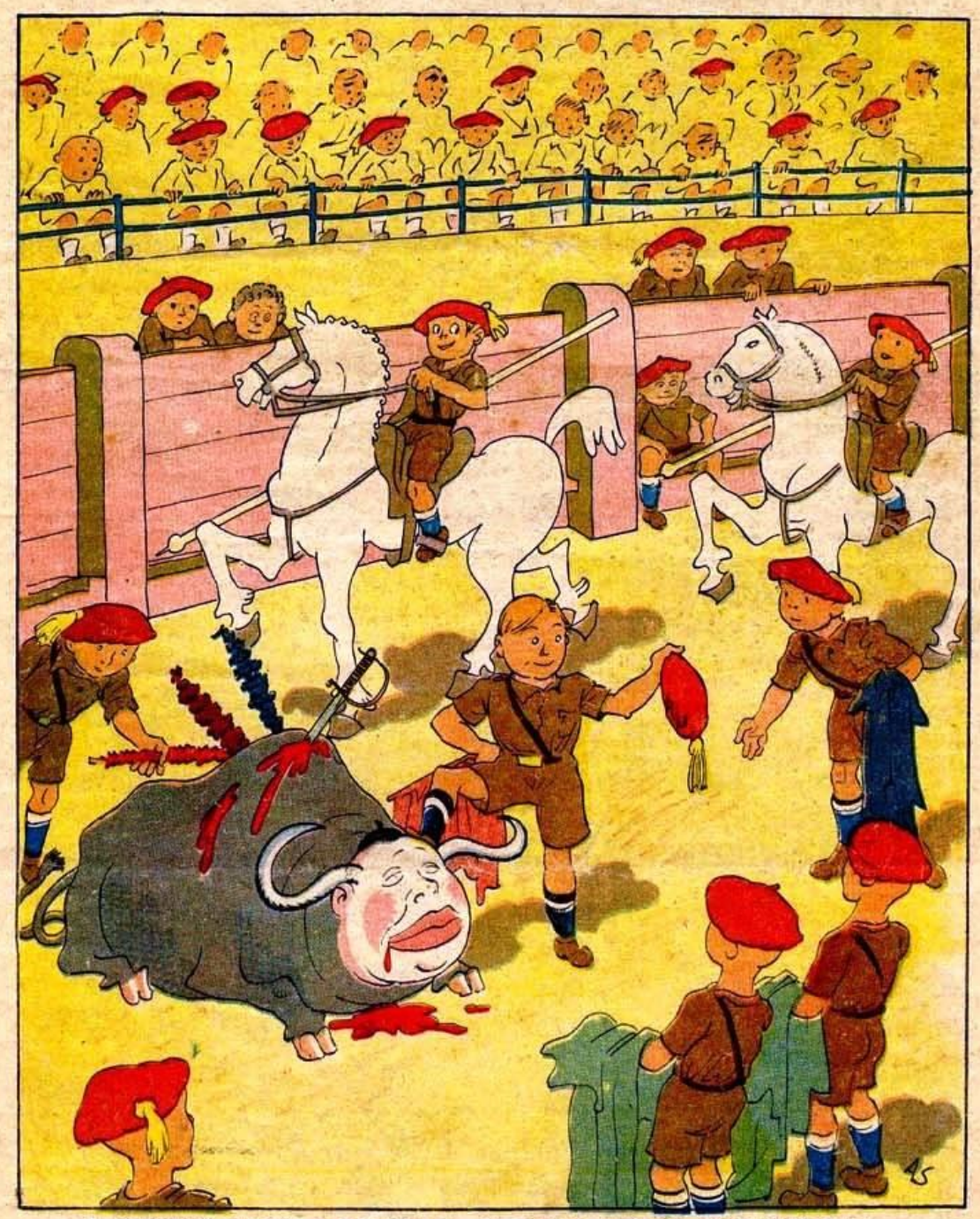
20 Cts.

AÑO II - NÚM. 49

28 DE NOVIEMBRE - 1937

2.º AÑO TRIUNFAL

REDACCION Y ADMINISTRACION: CALLE C. DELGADO DE AMESTOY
APARTADO 203 - SAN SEBASTIAN



BRINDO POR EZPAÑA..... Y POR TOOZ VOZOTROZ.

Tienda Carlista

PEDIDOS

tienda@carlismo.es